¡MECACHIS QUE GUAPO SOY!

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 18 de diciembre de 1926

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PALOMA	Sra. Vilar.
SILVIA	— Martí.
CONCHA	— Bru.
CARITA CONESA	— Lahera.
TITÍN RIVERA	— Santaularia.
NENÉ PARALEDA	— Garcés.
MISS NELLY	Srta. Mas.
SOCORRO	— N. N.
INVITADA 1.ª	— N. N.
LENY (niña)	— Sanz.
DON FADRIQUE	Sr. Sepúlveda.
DOCTOR SABADELL	— De la Riva.
MANOLO	— Cuenca.
SANCHO	— Mora.
CHITO	— Suárez.
MONCHO	— Gallardo.
CHOMÍN	— Olavide.
CHIPI	— N. N.
CELEDONIO (criado)	— Acebal.
FAUSTINO (jardinero)	— Valdivieso.

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Parque del palacio en que habitan los condes de Valdearo. A la izquierda se ve parte de la fachada posterior del edificio entre árboles frondosos. A la derecha, y oculta por un seto, la entrada al garaje. Al foro, limita el parque una verja de hierro colocada sobre una tapia de piedra sillar, como de un metro de alta. Quitan diafanidad a la verja algunas enredaderas de madreselva. En el centro de la escena, el parque forma una glorieta con bancos elegantes, pintados de claro y algunos sillones de mimbre. Una mesa de paja con libros y periódicos. Es la mañana de un día claro y radiante.

ESCENA PRIMERA

MISS NELLY, LENY, CHIPI, DON FADRIQUE y FAUSTINO, al levantarse el telón, MISS NELLY, institutriz inglesa, sentada en un banco, lee un libro. LENY salta a la comba; CHIPI tira al blanco, con un juego de escopetilla con flecha por presión, de goma; DON FADRIQUE, sentado en un sillón de mimbres, vestido de casa, con pijama elegante de paño, lee un periódico y fuma un pitillo; y FAUSTINO, el jardinero, con la manga enchufada, riega una parte del jardín y dirige miradas incendiarias a las pantorrillas de la Miss, que, sentada con descuido, tiene una pierna sobre otra.

MISS.—*(Al niño.)* «Chaid! Gou si litol Varda plis... yu trobols mi!» *(El inglés está escrito como debe pronunciarse.)*

CHIPI.—«Il fai am very far, miss.»

FAUSTINO.—*(Que riega, sonríe y dice a la Miss:)*

¿Qué le ha dicho usted al niño, si no es curiosidad que se suene?

MISS.—Nada interesa a usted lo que yo ha dicho al señorito Chipi. *(Todo lo que habla, con marcado acento inglés.)*

FAUSTINO.—Como le ha dicho usted algo de *atchis* y no le he sentío de estornudar...

FADRIQUE.—Oye, Faustino, hijo...

FAUSTINO.—*(Muy respetuoso.)* Señor conde...

FADRIQUE.—A ver si orientas la manga en un sentido más diagonal, que me estás rociando el «Blanco y Negro».

FAUSTINO.—¡Como le coge de cara al señor conde!...

FADRIQUE.—Antes estaba de espaldas y me has humedecido «La Epoca»... De modo que...

MISS.—¡Oh señor conde! Yo no sé qué decir a Faustino, que todas las mañanas que salimos al jardín viene a regar, y hase humedá para niños.

FAUSTINO.—Es que como he regao ya mi madreselva, vamos, la que está junto a mi casa, y los miosotis de la señora, pues ahora estoy regando esos pies de rosal, que puse ayer aquí.

FADRIQUE.—Bueno; pues no vuelvas a poner más los pies aquí; al menos, mientras estemos nosotros; porque sospecho que no son los pies lo que te preocupa; tú tienes miras más altas... *(Alude a las piernas de la Miss.)*

FAUSTINO.—Señor conde...

FADRIQUE.—Y vete a regar tu madreselva, los miosotis de la señora o cualquiera otra especie florícola que te convenga; pero no eleves aquí la manga, por lo que más quieras..., que nos pulverizas.

FAUSTINO.—Yo, como está aquí la boca... *(Señalando la de regar.)*

FADRIQUE.—Pues cierra la boca, vete y utiliza aquella otra; anda, hijo.

FAUSTINO.—Como mande el señor conde. *(Desenchufa de mala gana y se va. Aparte.)* ¡Qué ansioso!... Too lo quie pa él: la nurse, pa él...; las doncellas, pa él...; la miss, pa él... *(Desaparece.)*

ESCENA II

DICHOS, menos FAUSTINO.

FADRIQUE.—*(A la Miss.)* Y respecto a usted, miss..., más, más baja la falda, porque si no, a ese hombre le tendremos que colocar cloroformo para que se aleje.

MISS.—*(Sonriendo.)* ¿Cree el señor conde que lo hase por esa pequeña cosa? *(Se baja la falda con coquetería.)*

FADRIQUE.—¡Eso de pequeña...! Y la prueba es que nos hemos quedado con la boca abierta. *(Señalando la de riego.)*

MISS.—*(Con alegre malicia.)* ¿También el señor conde?

FADRIQUE.—*(Confidencial.)* ¡Oh Nelly! ¡Dice usted que también..., cuando sabe usted que me tiene en un grito!...

MISS.—*(Riendo.)* ¡Oh señor conde..., por Dios!

FADRIQUE.—Pero ¡en un grito estentóreo!

MISS.—*(Como asustada.)* ¡Oh señor conde..., no sigue!... Los niños...

FADRIQUE.—No nos oyen...

MISS.—*(Repentinamente seria.)* Por eso que el señor conde no respeta es que yo ma quiera ir la semana viniente a Inglaterra.

FADRIQUE.—¡Oh por Dios, Nelly, no se vaya!

MISS.—Ma voy a los ocho días.

FADRIQUE.—Siquiera un mes más, miss.

MISS.—Ma voy.

FADRIQUE.—*(Suplicante.)* ¡Miss, un mes más!

MISS.—¡Oh, el señor conde es siempre a lo mismo!... *(A la niña.)* «Dont pleid sou niar os»...

LENY.—«Wel, miss.» *(El niño, en este momento, dispara y pasa la flecha cerca de su abuelo.)*

FADRIQUE.—Oye, Chipi, cielo...

CHIPI.—Abuelito...

FADRIQUE.—Afina la puntería, monín, que tengo las narices en la línea de fuego.

CIPI.—¡Hago más dianas!

FADRIQUE.—Sí, ¿eh?

CHIPI.—¡Qué ganas tengo de tirar al pichón, abuelo!

FADRIQUE.—Bueno; pero no le tires al abuelo, pichón.

MISS.—«Leny, dont pleid any mor! Tu ar gogin ti fi tayad.»

LENY.—«Ay am no tayad of plem.»

FADRIQUE.—Tiene razón miss... Deja de saltar tanto; no te sofoques, monina.

LENY.—*(Viniendo.)* Si no me canso, abuelito. *(Dejan de jugar y se acercan.)*

FADRIQUE.—¿Hace muchos días que no habéis visto a mamá?

LENY.—Cinco.

CHIPI.—Un día que llovió... no salió, se aburrió y nos llamó.

MISS.—Pero ma dijo la señora que no quería pasar más de la semana sin ver a los niños.

FADRIQUE.—*(Sonriendo.)* ¡Oh, esta hija mía es tan madraza!... *(Acariciándolos.)* ¿A papá hará más días que no le veis?

MISS.—¡Oh, al señor hace un mes!...

FADRIQUE.—*(Muy serio.)* Pero el pobre tiene disculpa. No puede con sus ocupaciones. ¡Quince días de tirada de pichón en Sevilla, campeonato de golf en Barcelona..., polo en Madrid!... ¡Está abrumadísimo!

ESCENA III

DICHOS y CELEDONIO, criado de librea, por la casa izquierda, con una bandeja de plátanos y una servilleta y cuchillo.

CELEDONIO.—Señor conde, los plátanos de las doce.

FADRIQUE.—Bueno, Celedonio, hijo, bueno; déjalos ahí. Eres mi verdugo.

CELEDONIO.—Señor conde... *(Los deja en la mesa y se va.)*

ESCENA IV

DICHOS, menos CELEDONIO

FADRIQUE.—Es una lata eso de estar a plan fructívoro.

MISS.—¿No puede comer el señor más que plátanos?

FADRIQUE.—Nada más, miss.

MISS.—¿Y para qué le ha mandado eso el médico?

FADRIQUE.—Pues para que no vuelva por su casa, creo yo que será.

MISS.—¡Oh, qué grasia!...

FADRIQUE.—*(Dando plátanos a los niños.)* Andad, niños, tomad; ayudadme al plan. *(Le da uno a la Miss.)* Tome uno, miss. *(Comen todos plátanos.)*

MISS.—Pero ¿qué enfermedad le encuentra el doctor?

FADRIQUE.—Dice que padezco amnesia.

MISS.—Falta de memoria es la amnesia, ¿no?

FADRIQUE.—Falta de memoria absoluta, miss. Se olvida todo... Hasta las cosas más inmediatas... Es una enfermedad terrible... Me la empecé a notar el año pasado en París. Me fuí con la señora condesa, se me olvidó que estaba con ella, y si no me detienen en la estación, me vuelvo...

MISS.—¿Solo?

FADRIQUE.—¡Con una señorita que no me acordaba que no conocía!...

MISS.—¡Oh, qué enfermedad!

FADRIQUE.—¡Espantosa! De poco me la traigo. Pues aquí estoy peor. Los domingos voy a misa, no me acuerdo que tengo que oírla toda, y a mitad me salgo. Me invita un amigo a una conferencia en la Academia de Ciencias Morales y Políticas..., y se me olvida dónde está el edificio..., y todo esto acompañado de una angustia interior y una frial-

dad en las manos... Mire usted: no crea que exagero, toque usted... *(Se cogen de la mano y siguen cogidos comiendo el plátano.)* ¡Pues lo de la otra noche fué horrible!... Figúrese usted que me marché a jugar al tresillo a casa de la marquesa de la Argolla... ¡Bueno; pues se fué todo el mundo y a mí se me olvidó marcharme!

MISS.—¡Oh! Grasias que está viuda la señora marquesa...

FADRIQUE.—¡Toma, si no, figúrese usted el compromiso!... A las siete de la mañana me di cuenta..., y, claro, cuando volví a casa me armaron una que me hicieron reaccionar... Pero yo, ¿qué culpa tengo, verdad?

MISS.—¿Tiene la bondad el señor conde de soltar mi mano?

FADRIQUE.—¡Ay, sí, por Dios, miss! No me acordaba; usted perdone... ¿Ve usted? ¡La amnesia!... ¡Si estoy gravísimo!... ¡No me quieren hacer caso; pero gravísimo!...

MISS.—Pues para esa falta de memoria an el régimen de frutas, ya lo tengo oído dasir an España, es lo mejor rabos de pasas.

FADRIQUE.—*(Riendo.)* ¡Oh, rabos de pasas! ¡Qué gracia! ¡Oh, qué miss de mis pecados!... *(Intenta cogerle la mano de nuevo.)*

MISS.—*(Evadiéndose.)* ¡No, que se le va a usted a olvidar! *(Rien.)*

ESCENA V

DICHOS y SILVIA, jovencita muy elegante, vestida con traje de calle, pero sin sombrero. Viene de la casa.

SILVIA.—¡Padre! *(Le besa muy cariñosa.)*

FADRIQUE.—¡Hola, hijita, vida!... ¿Quieres un plátano?

SILVIA.—Gracias, padre.

FADRIQUE.—Anda, amorcito, ayudadme entre todos a sobrellevar el régimen.

SILVIA.—Pero ¿no te acuerdas que te los tienes que comer tú solo?

FADRIQUE.—¡Ay, es verdad! No me acordaba... Pero, vamos..., ya está mondadito; anda, cómetelo..., que me prueban mucho. *(Se lo da.)*

SILVIA.—*(Riendo.)* ¡Eres atroz, padre! *(Se lo come.)*

FADRIQUE.—Y oye, amor: yo te hacía en tu Citroën, camino de Puerta de Hierro... ¿No jugabais hoy en el campeonato de tenis?

SILVIA.—Sí; pero he cedido la hora a Morucha Algüeso...

FADRIQUE.—¿Algüeso? ¿Esa delgadita?... Muy bien, muy bien... Y acaso también esperarías a Chito, ¿no?

SILVIA.—Sí, papá.

FADRIQUE.—¡Ah picaruela!... ¿No ha venido Chito todavía?

SILVIA.—*(Sonriendo.)* No, papá.

FADRIQUE.—Vamos, vamos... *(Riendo.)* Bueno, y perdona, cielito, que se me había olvidado: tú querrías algo de mí, ¿verdad, hijita?

SILVIA.—¡Que si quería...! Como que me manda mamá a darte una noticia que te vas a quedar estupefacto, padre.

FADRIQUE.—*(Alarmado.)* ¿Una noticia?... Oye, hijita, por Dios: si es mala, dársela a Morcillo, a mi secretario, no sea que a mí se me olvide... El ya tiene instrucciones para resolver todo lo lamentable que me vaya ocurriendo. Le he autorizado hasta para que me supla en los lutos leves. Ayer le regalé una corbata negra.

SILVIA.—Ahora se trata de una cosa que tienes que resolver tú solo.

FADRIQUE.—*(Algo alarmado.)* Pero ¿es algo...?

SILVIA.—Extraordinario.

FADRIQUE.—¡Madre mía!... Bueno; espera que me acabe el plátano. *(Se lo acaba.)* ¿Y qué es, hijita, qué es?

SILVIA.—¿A que no sabes quién ha venido, empeñado en verte, y está hablando con mamá? Piensa en una persona muy rara.

FADRIQUE.—¡Qué sé yo! ¿El obispo de Andrianópolis?

SILVIA.—¡Más!... Por mucho que pienses, no adivinarás...

FADRIQUE.—¡Caramba, me preocupas! ¿Quién ha venido?

SILVIA.—¡¡Tío Sancho!!

FADRIQUE.—*(Aterrado.)* ¿Mi hermano aquí? *(Pausa. Vacila. Se pasa la mano por la frente.)*

SILVIA.—¡Tu hermano!

FADRIQUE.—¡Madre mía! ¡Me dejas muerto! ¡Algo horrible pasa!

SILVIA.—Lo mismo hemos pensado nosotras. Ya sabes que tío Sancho no viene más que a anunciarnos catástrofes.

FADRIQUE.—¡Debe de ser algo tremendo!

SILVIA.—Acuérdate que la penúltima vez que vino fué a participarnos que Alfonsito se había matado en un cuarenta Hispano...

FADRIQUE.—Sí; y la última, que la tía Nené se había roto la pierna en un cuarenta céntimos... ¡Madre mía! *(Pasea agitado.)* ¿Qué nos vendrá a decir ahora? ¡Alejarse él ciento cincuenta metros de la Peña!... ¡Esto es algo escalofriante! ¿Y no cs ha indicado...?

SILVIA.—Nada absolutamente.

FADRIQUE.—*(Con resignación.)* Bueno; pues que me hagan tila y luego que venga. Pero recordadle que he perdido la memoria, ¿eh?... Que si me dice algo desagradable y no me importa, que no le choque, ¿eh?

SILVIA.—*(Marchándose.)* Sí, sí, descuida. Estamos rabiando por saber qué te quiere. Y ahora vendremos a despedirnos, que Paloma y yo nos vamos a Puerta de Hierro a escape, antes que te dé la noticia, porque como tenemos parientes en todos lados, no sea algún luto de esos de provincias. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos SILVIA

FADRIQUE.—Sí, sí, bien hecho. ¡Mi hermano a verme!... Alguna calamidad nos amenaza.

MISS.—¡Por Dios, señor conde!

FADRIQUE.—¡Oh, sí, sí! ¿Usted no conoce a mi hermano?

MISS.—Su retrato es que conosco.

FADRIQUE.—¿Ese que tengo en mi despacho, que está de espaldas?

MISS.—Al mismo. Parece muy simpático.

FADRIQUE.—De espaldas, mucho. Ahora, que es muy raro. Ya ve usted: se retrató de espaldas y decía que no estaba parecido. Pero me aterran sus visitas... Cada vez que viene, una desgracia.

MISS.—¡Oh, qué miedo!

FADRIQUE.—Luego es un poco sordo y hay que hablarle a voces, y esto es una cosa tan ordinaria...

ESCENA VII

DICHOS y SANCHO, tipo de señor viejo, distinguido. Cara áspera, gesto agrio. Bien vestido, pero con una moda indefinible

MISS.—Ahí está el señor marqués.

SANCHO.—¡Fadrique!

FADRIQUE.—¡Sancho, hijo! *(Le abraza.)* ¿Tú por aquí?

SANCHO.—*(Con gesto torvo.)* Cuando vengo, ya comprenderás que algo gravísimo...

FADRIQUE.—Sí, sí..., hombre, sí; no me digas nada.

SANCHO.—¿Sabes que te encuentro desmejoradísimo?

FADRIQUE.—*(Bajo, a la Miss.)* ¿Lo ve usted?

SANCHO.—Estás perdiendo muchísimo.

FADRIQUE.—Sí, sí, hijito; estoy perdiendo bastante.

SANCHO.—No juegues con la salud.

FADRIQUE.—No, si no juego; ahora no dejan.

SANCHO.—Y eso es que estás apoltronado. No haces ejercicio, no andas.

FADRIQUE.—Andar, no; pero ejercicio sí hago...

SANCHO.—¿Qué ejercicio?

FADRIQUE.—Me dan diariamente media hora de masaje, que dice el médico que es como ir todos los días a la Moncloa y volver, con la ventaja de que me ahorro el peligro de los «autos» y que me mojen los mangueros.

SANCHO.—¡Oh; pero eso...!

FADRIQUE.—Niños, saludad al tío Sancho. *(Se acercan los niños muy finos y le dan la mano.)*

LENY.—¿Cómo está usted?

CHIPI.—¿Está usted bien?

SANCHO.—¿Y estos personajes...?

FADRIQUE.—Son hijos de Paloma.

SANCHO.—*(Dándoles palmaditas en la cara.)* ¡Hola, pichones!... Muy monos; pero este niño está raquítico. ¡Fíjate en la jaula torácica: una jaulita de un grillo!

FADRIQUE.—Pero ¿qué jaula quieres que tenga a los siete años? ¿Una canariera?

SANCHO.—*(A la niña, tocándole la cabeza.)* ¡Y esta niña es microcéfala!

FADRIQUE.—No, hombre; es biotarra. Ha nacido en Biarritz.

SANCHO.—¿Se queja de algo?

FADRIQUE.—De que no la llevan al «cine», nada más.

SANCHO.—*(Señalando a la Miss.)* ¿Y esta señorita...?

FADRIQUE.—La institutriz. No se queja de nada.

SANCHO.—¿Alemana, francesa...?

MISS.—Inglesa, para servir al señor marqués.

FADRIQUE.—Y no creo que tengas que decirle nada de la jaula.

SANCHO.—El color es un poco hepático.

MISS.—Pues nunca ha padesido al hígado, señor marqués.

SANCHO. — Cuídese... ¡Ese color cétrico...! A lo mejor, una cirrosis... En veinticuatro horas...

FADRIQUE.—*(A la Miss.)* ¿Lo ve usted? *(A él.)* No hay como tú para un rato de alegría... Si te abrieran una taquilla en el estómago, eres un «dancing».

SANCHO.—Bueno, Fadrique, yo quisiera que nos dejasen sólos. Tengo algo gravísimo...

FADRIQUE.—Sí, hombre... Miss, tenga la bondad de alejarse un momento con los niños, que mi hermano...

MISS.—Vamos, niños. *(Saludando.)* Señor marqués...

LENY.—Adiós, tito Sancho.

CHIPI.—Hasta luego, tito. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

DON FADRIQUE y SANCHO

FADRIQUE.—*(Muy escamado. Aparte.)* ¿Qué traerá éste? *(Alto.)* Bueno, Sancho, pues tú dirás.

SANCHO.—Ya comprenderás, querido Fadrique, que cuando dejo el salón de generales de la Peña y vengo a veros, algo gravísimo, algo trascendentalísimo, algo de una importancia capitalísima...

FADRIQUE.—¿Te han dicho que estoy delicadísimo?

SANCHO.—Sí; pero, a pesar de todo, lo que vengo a decirte es tan grave, que no puede detenerme ni la consideración de tu poca salud.

FADRIQUE.—No sé si sabrás que estoy a régimen de plátanos.

SANCHO.—Sí; pero, vamos, cuando se cierne sobre una familia una nube trágica, los plátanos no pueden ser óbices para...

FADRIQUE.—¿Quieres uno?

SANCHO.—Gracias. Me molesta todo lo que tenga

que pelar. Bueno; pues como te decía, cuando se cierne sobre una familia una nube trágica de la que puede surgir el rayo que aniquile el prestigio de seres queridos...

FADRIQUE.—*(Dándole un plátano.)* Ya lo tienes pelado.

SANCHO.—Gracias.

FADRIQUE.—¿Te pelo otro?

SANCHO.—*(Muy molesto.)* Lo que te suplico es que tengas la bondad de atenderme.

FADRIQUE.—Sí, hombre; si te atiendo... No sé qué decías de seres queridos.

SANCHO.—¡Pues decía...! ¡Y muy en serio! Que sobre la vanidad de la vida frívola que estáis viviendo en esta casa, tus hijas y vosotros, se está fraguando un drama, que el día menos pensado puede sorprenderos y dar al traste con la alegría, con la felicidad y con el honor de todos.

FADRIQUE.—¡Por Dios, Sancho! Pero ¿qué estás diciendo?

SANCHO.—Y yo no puedo ver con calma que este hogar que heredamos de nuestros padres, lleno de tradición y de prestigio, se hunda a los golpes de la tragedia que está a punto de aniquilaros.

FADRIQUE.—¡Por Dios, Sancho, no exageres, que has cogido el tono de Borrás y me estás poniendo el corazón en un puño!

SANCHO.—¡No exagero ni tanto así!... ¿Y quieres que te diga el motivo del escándalo que os amenaza?

FADRIQUE.—No; espérate, que he pedido tila y no me la han traído todavía.

SANCHO.—Bueno; pues el escándalo que os amenaza es el siguiente. *(Se oyen voces alegres de muchachas.)*

FADRIQUE.—Espera un momento. *(Advierte el rumor.)* Calla ahora, que salen. Ya me lo dirás luego.

SANCHO.—*(Aparte, indignado.)* ¡Bueno; en esta familia hay una resistencia al drama!...

ESCENA IX

DICHOS y CONCHA, PALOMA, SILVIA, CARITA, NENÉ y TITÍN, todas de la casa, muy alegres y alborotadoras

SILVIA.—Sí, sí... Vámonos; no le esperemos.
NENÉ.—No le esperemos. ¡Que se fastidie!
CONCHA.—Pero ¡por Dios, hijas..., un poco de calma!
TITÍN.—No, no..., que Chito es un tardón...
PALOMA.—¡Qué va!... Pero ¡si le dijimos a las doce y no han dado todavía!
NENÉ.—¡Pero falta un minuto!
CARITA.—¡Lo que vale se hace esperar, hija!
SILVIA.—¡Pues que se quede a pie!
CONCHA.—Vamos, vamos, calma. ¡No seáis impacientes!
PALOMA.—Eso sí, que esté todo dispuesto para cuando venga. *(Llamando.)* ¡Faustino!...

ESCENA X

DICHOS y FAUSTINO

FAUSTINO.—*(Saliendo.)* Señora duquesa...
PALOMA.—Dile a Leoncio que prepare los «autos»...
SILVIA.—El Citroën de la señora duquesa y mi Renoleta. *(Vase Faustino.)*

ESCENA XI

DICHOS, menos FAUSTINO

TITÍN.—Y en cuanto aparezca Chito, un abucheo, ¿eh?...
TODOS.—¡Sí, sí, mucho, mucho!

PALOMA.—*(Que se acerca al grupo de los señores.)* Bueno, padre, vengo a darte un beso; queremos tenerlo todo hecho, para salir volando, ya oyes.

FADRIQUE.—¿Habías visto al tío Sancho?

PALOMA.—No, no, no... Sabía que estaba, pero no lo había visto. ¿Cómo estás, tío Sancho?

SANCHO.—Hola, Palomita, hija mía; tú cada día más guapa y más elegante.

PALOMA.—¡Qué va!... ¡Por Dios!... Tito..., no digas.

SANCHO.—Ya he visto a tus hijos. ¡Monos, monos!

PALOMA.—Sí, pero de los que trepan.

SANCHO.—¿Y tu marido?

PALOMA.—No sé; hace ocho días que volvió de Córdoba, de la tienta de los Grazalemas; pero no llegó a casa. Se fué sin verme, a preparar una montería con los Prado Largo.

SANCHO.—¿Sin verte?... ¡A una montería! ¡Ay que ver!

PALOMA.—Y esta mañana ha venido. Creo que está en casa; pero me han dicho que se está bañando, y como hemos de salir a escape..., y él se va en seguida no sé dónde, pues...

CONCHA.—Oye, Sancho... Nené Paraleda, que quiere saludarte.

SANCHO.—¿Nené qué?

CONCHA.—Paraleda.

FADRIQUE.—Una Idiáquez.

CONCHA.—La hija de Berenguela, la casada con Paco Casalirón.

SANCHO.—¡Ah, sí, sí!... ¿Y papá y mamá?

NENÉ.—Muy bien, gracias. Papá de agregado en Caracas... Mamá, de enfermera en Larache.

SANCHO.—Pues dales la enhorabuena..., cuando se junten.

NENÉ.—¿Por qué?

SANCHO.—¡Porque eres monísima!

NENÉ.—¡Oh no, qué va!... ¡Quisiera!

TITÍN.—*(Acercándose.)* ¿Qué tal, marqués?

SANCHO.—¿Y esta niña tan mona?

PALOMA.—Titín Riera, tío Sancho.

CARITA.—Es una Torrija, la mayor de Gonzalo..., los Valdetorrija.

SANCHO.—Sí, sí..., fijándose, es una Torrija clavada. ¿Y papá y mamá?

FADRIQUE.—Pero ¿se te ha olvidado que se murieron los dos hace tres años?

SANCHO.—Pues por eso decía: ¿Y papá y mamá? ¡Qué lástima!

TITÍN.—*(Muy triste.)* ¡Figúrese usted!

SANCHO.—¿Y qué, dónde vais tan animados?

PALOMA.—A Puerta de Hierro. Vamos todos los días, para acompañar a Silvia.

SANCHO.—¡Ah!

CONCHA.—Es que a ésta, ¿sabes?, como está un poco anémica, la puso Marañón un plan a base de ferruginosos.

FADRIQUE.—Y como se empeña en no tomar medicinas, hemos dicho, siquiera que vaya a Puerta de Hierro todos los días.

SANCHO.—Algo es algo, ¡claro! ¿Y qué vais a hacer allí?

PALOMA.—Tomamos parte en un concurso de tenis.

SILVIA.—Y hoy se juegan las singles de señoritas.

SANCHO.—¿Las ingles, de quién?

PALOMA.—Singles, quiere decir sencillas.

SANCHO.—Me había alarmado; como no conozco el inglés deportivo...

CONCHA.—Pero no se van, porque están esperando a Chito Vallares, que las acompaña.

FADRIQUE.—¡El célebre Chito!... Ya habrás oído hablar de él estos días por todo Madrid.

SILVIA.—¡Es el pollo de moda!

CARITA.—Todo el mundo, Chito, Chito..., y la gente no calla.

SANCHO.—Sí, algo he oído. ¿Es el pequeño de los Vallares, no?

FADRIQUE.—Un tarambana, que lo enviaron a Norteamérica para que se educara...

CARITA.—Pero creo que no se ha educado.

FADRIQUE.—Y se metió a hacer películas en Los Angeles.

SILVIA.—¡Pero es un cielo de chico, tío Sancho!

PALOMA.—¿Tú le conoces?

SANCHO.—Personalmente, no.

TITÍN.—Ay, pues es guapísimo.

NENÉ.—¡Tiene unos ojos así, azul tormento..., que ¡ay!...

CARITA.—Y unas pestañas vueltas así, que no puede encajarse el sombrero.

CONCHA.—Y qué figura, hijo, qué figura...

FADRIQUE.—Es tan guapo, que cuentan que él mismo, cada vez que se mira al espejo, exclama extasiado: «¡Mecachis, qué guapo soy!»

SILVIA.—Mucho más guapo que era Walas Rey, y Valentino y el mismo Novarro.

PALOMA.—Y trabajando se parece a Tun Mix.

FADRIQUE.—Sí, tira algo a Tun.

CONCHA.—Pues aquí, en Madrid, todas las niñas bien y las señoras regular se lo rifan, hijo.

CARITA.—Pero no anda lejos la que se lleva el gato al agua, ¿eh?... Hay que decirlo todo.

SILVIA.—*(Reventando de orgullo.)* ¡Ay por Dios, no digas!... ¡Pero has visto qué Carita!

SANCHO.—¡Ya, ya!... ¿De modo que tus éxitos femeninos...?

FADRIQUE.—Locos.

CONCHA.—Dicen que Pola Negri, esa estrella de la pantalla, estaba ciegamente enamorada de él.

PALOMA.—Tanto, que cuando regañaron, ella creo que tenía un tigrecito domesticado: bueno, pues fué y se lo soltó en venganza, para que se lo comiera.

SILVIA.—Pero creo que el tigre le embistió, le olfateó y no se lo comió.

SANCHO.—Que no le gustaría.

NENÉ.—¡Ay, pues qué tonto de tigre!

CARITA.—Es que para una fiera está muy delgado, hija. *(Llaman a la campana de la puerta del hotel.)*

PALOMA.—Ahí está.

CONCHA.—Sí, debe de ser él.

SILVIA.—¡Pues el abucheo, el abucheo!

TODAS.—Sí, sí... *(Se disponen.)*

ESCENA XII

DICHOS y CHITO, por el foro. Es un pollo requetebién, elegantísimamente vestido, con traje de mañana, y con un pequinés atado con un cordón de cuero. Se quita el sombrero y saluda en inglés desde la puerta

CHITO.—«Jalú, uld gerls!»

TODAS. — *(Abucheándole.)* ¡Oooooo!... ¡Fuera!... ¡Fuera!...

CHITO.—Bueno, si me regañáis, no entro, ¿eh?

CHICAS.—¡Fuera! ¡Fuera!

CHITO.—Condesa, diga que no me regañen, ¿eh?

CHICAS.—¡Tardón¡ ¡Tardón!

CONCHA.—Pasa, no temas.

PALOMA.—Es que todos los días haces lo mismo.

CHITO.—¡Ay, pero es que vosotras no sabéis, desde Colón acá, la gente que me paró... ¡Un aluvión!... ¿Qué digo?... ¡Una locura!... Las Vellafuente, las Villateja, las Prado Mustio, las Sotobajo, las Valderrecio!... Creí que no llegaba.

CARITA.—¡Que le acosan al chico!

CHITO.—Que uno es novedad y le abruman, ¿no?

PALOMA.—Oye: pero ¿qué perro llevas?... ¿Os habéis fijado?...

SILVIA.—¡Ay, qué cielo de perro!... A ver, a ver...

NENÉ.—¡Ay, qué amor!

TITÍN.—¡Qué preciosidad!

CHITO.—El décimo de la primera serie. Tengo veintidós.

FADRIQUE.—¡Ay, el décimo!... Pues capicúa, porque no se sabe por dónde empieza.

CHITO.—¡Es un pequinés!

FADRIQUE.—¡Es un camelo que ladra!

CHITO.—Por eso le coloqué la cadenita en medio.

CARITA.—¡Huy, qué ingenioso!

CHITO.—Y le he puesto un nombre chino.

SILVIA.—¿Cuál?

CHITO.—Ton Tin.

NENÉ.—¡Ay, tontín!

PALOMA.—¡Ay, qué gracia!

FADRIQUE.—Tocayo tuyo.

SILVIA.—¡Por Dios, no digas!

TITÍN.—¡Pobre chico!

PALOMA.—¡Qué va!

CONCHA.—¡Eres atroz, Fadrique!

CHITO.—Es usted satiriquísimo, conde.

FADRIQUE.—*(Muy afectuosamente. Abrazándole.)* Ven acá, pedazo de yanqui... ¿Tú no conoces a mi hermano?

CHITO.—No tengo el honor.

FADRIQUE.—*(Los presenta.)* Mi hermano Sancho... Chito Vallares.

CHITO.—Mucho gusto, marqués. *(Se estrechan las manos.)*

SANCHO.—Qué, llegó usted de América hace poco, ¿eh?

CHITO.—Dos meses escasos.

SANCHO.—¡Otro mundo aquel, pollo!

CHITO.—¡Oh, sí!... ¡Otras costumbres, otra vida más libre, más amplia, más fuerte!... España queda atrás, «¡ul Spain!»..., acaba de decir un maestro!

SILVIA.—Dice que allí tienen una libertad las mujeres, que se van de su casa y tardan quince días en volver.

FADRIQUE.—Y los maridos creo que se van y a veces no vuelven.

SANCHO. ¡Eso es progreso!

FADRIQUE.—Y saber vivir.

CHITO.—Allá, una muchacha y un muchacho, se gustan..., pues se van a un pastor y sin más requisitos, en cinco minutos los casa.

CARITA.—¡Ya ve usted, un pastor!

SANCHO.—¡Pues eso no lo hace aquí ni un zagal!

CONCHA.—Vaya, hijitas, no entreteneros, que os pasa el tiempo.

PALOMA.—Sí, voy a avisar los «autos». *(Llamando.)* ¡Leoncio!... *(Se aleja hacia el garaje.)*

SILVIA.—*(Aparte, a Sancho.)* Qué, ¿te gusta el muchacho, tito?

SANCHO.—¡Una preciosidad!

SILVIA.—¡Pues nos hemos arreglado!

SANCHO.—Pues ten cuidado no se te rompa. Y estarás contenta, ¿eh?

SILVIA.—¡Loca!... ¡Porque me tienen todas una envidia!...

SANCHO.—Pero ¿le quieres?

SILVIA.—Eso no sé..., ¿sabes?... Como hace poco... *(Siguen hablando en voz baja.)*

CHITO.—*(Aparte, a Paloma, a cuyo encuentro ha salido.)* Oye: procura que vayamos los dos solos, ¿no?... Ya te diré... Tenemos que hablar.

PALOMA.—*(Vivamente.)* No empieces con tus locuras, que no es posible.

CHITO.—Pues si no, es que no voy, te digo.

PALOMA.—¡Por Dios, no me comprometas!

CHITO.—Es que no voy, ya me conoces.

PALOMA.—Estás abusando de mi tolerancia, de que no quiero que se fijen...

CHITO.—Los dos solos, o no voy. Arréglalo. He de hablarte.

PALOMA.—Me estás comprometiendo. *(Se aleja.)*

FAUSTINO.—*(Que aparece.)* Señora duquesa, ya están los «autos».

NENÉ.—Bueno, ¿y cómo nos repartimos la pandilla?

CHITO.—Yo digo cómo, ¿no?... Vosotras tres *(Designando a Silvia, Titín y Nené.)* podéis ir en la Renoleta, que os aviáis mejor, y Paloma y yo en el Citroën.

SILVIA. ¿Tú con Paloma?... ¡Ah, eso sí que no quiero! Tú debes venir con Titín y conmigo.

PALOMA.—Tiene razón.

CHITO.—Yo lo dije porque en la Renoleta tres chicas caben, ¿no?... Pero dos chicas y un chico...

FADRIQUE.—Caben; pero más vale que no quepan. En eso tiene razón.

SILVIA.—Pues no quiero, ¡ea!... O viene con nosotras, o...

CONCHA.—Vamos, hija, no seas necia. ¿Qué más dará?

CHITO.—Con Paloma voy más garantido. Tú corres demasiado.

SILVIA.—Y Paloma vuela.

CHITO.—Es lo suyo, ¿no?... ¡Ea!, que no quiero que me des el morrón. Llevaros a Tontín, que es «chaperonée». Anden, anden...

SILVIA.—Bueno; pues id vosotros delante.

CHITO.—¿Ves? Eso, sí; con mucho gusto. Vamos, Paloma.

PALOMA.—¡Te has empeñado en comprometerme!

CHITO.—No, no..., ¡qué va!... Si es que te he de hablar.

PALOMA. — *(Alto.)* Adiós, tito. Hasta luego. *(Se alejan.)*

SILVIA. *(Disgustada, a sus amigos.)* ¡Hija, qué asco!

NENÉ.—Pero siendo tu hermana...

TITÍN.—Y, además, casada...

SILVIA.—¡Que no me gusta!... Es el tercer día que me lo hacen. ¡Que no me gusta, que no me gusta y que no me gusta!... ¡Vamos, «Ton Tin»!... Pero ¿dónde tiene la cabeza este perro?

FADRIQUE.—Pero ¿tú crees que él lo sabe? *(Vanse con el perro.)*

CARITA.—Tú tira del cordón, a ver hacia dónde anda.

CONCHA.—Y que no tardéis, niñas. ¡Qué edad más dichosa!... ¡Qué envidia me dan!

CARITA.—¡Ay hijas, irse solitas con muchachos y tan de prisa! ¡Qué encanto de gasolina! *(Se oyen las bocinas, el ruido de los cambios, se ve un poco de humo y se supone que pasan por detrás del seto dos coches como dos rayos.)*

ESCENA XIII

DON FADRIQUE, SANCHO, CONCHA y CARITA

FADRIQUE.—¡Jesús, qué velocidad!

SANCHO.—Se van a matar.

CONCHA. — ¿Y qué te ha parecido el chico ese, Sancho?

SANCHO.—¡Pchs!... ¿Qué quieres que me parezca?
CONCHA.—Pues está con Silvia...
SANCHO.—Ya me lo ha dicho.
FADRIQUE.—Guapito y cuarenta mil duros de renta. No está mal, ¿no te parece?
SANCHO.—Pero ¿se quieren?
CONCHA.—Hombre, así, para empezar, parece que sí.
CARITA.—La chica, claro, como es el muchacho de moda, mientras se lleve...
CONCHA.—Pues él con Silvia lo ha tomado fuerte.
SANCHO.—*(Intencionadamente.)* ¿Con Silvia?
CONCHA.—Sí, sí...; al menos, de aquí no sale.
SANCHO.—*(Maliciosamente.)* Ya, ya...
CONCHA.—Bueno, Sancho, pues con tu permiso voy a arreglarme.
SANCHO.—¿Y adónde vais?
CONCHA.—Voy con Carita Conesa al Cocido de San Bernabé. Una fundación mía, hijo. ¡Me ha felicitado hasta la reina!
CARITA.—¡Un verdadero éxito!
SANCHO.—¿Y para quién has fundado ese cocido?
CONCHA.—Para huérfanos de radioescuchas. Un poco raro te parecerá...
CARITA.—Pero es que ya no quedaban otros huérfanos... Hasta los huérfanos de protección tienen asilo.
CONCHA.—Y adiós, Sancho, hijo, que la caridad nos reclama.

ESCENA XIV

DON FADRIQUE y SANCHO

SANCHO.—*(Pasea desesperado.)* ¡Bueno, me estoy repudriendo! Esta casa es un bululú.
FADRIQUE.—¡Qué quieres, hijo!... Como tú en la tuya no puedes molestar a la familia si no te tiras un mordisco, claro...
SANCHO.—Es que, óyelo bien, Fadrique: todo lo que acabo de observar en silencio...

FADRIQUE.—¿Qué?

SANCHO.—... corrobora las murmuraciones que han llegado a mí y me confirman en que es cierta la tragedia que se cierne sobre vosotros y que yo venía a anunciarte.

FADRIQUE.—Bueno, Sancho; acaba de una vez, porque estoy ya de rayos y de tormentas que trueno, ¡ea!

SANCHO.—Pues lo que yo venía a decirte, y que la casualidad me ha hecho comprobar, se refiere precisamente a los amores de Chito Vallares, de ese pollo pera, con tu hija Silvia.

FADRIQUE.—¡Ah! Pero ¿es eso?... *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!

SANCHO.—*(Severamente.)* No te rías, Fadrique.

FADRIQUE.—¿Cómo no he de reírme?... ¿Es que crees tú que los amores de dos chiquillos como ésos pueden producirnos una catástrofe?

SANCHO.—Una catástrofe que puede hundir para siempre el honor de tu casa.

FADRIQUE. — *(Ya alarmado.)* ¡Caray!... Pero ¿por qué?

SANCHO. — ¿Sabes lo que se murmura por todo Madrid?

FADRIQUE.—¿Qué se murmura?

SANCHO.—Pues que ese jovencito no viene aquí por tu hija Silvia.

FADRIQUE.—¿Cómo que no?

SANCHO.—¡Que viene por tu hija Paloma!

FADRIQUE.—¿Qué dices?

SANCHO.—Y por eso no sale de tu casa.

FADRIQUE.—Pero ¡eso es una calumnia!

SANCHO.—Y tu hija Paloma es casada, Fadrique, y casada con un bárbaro, que tiene en Madrid fama de bruto y de irascible, que no se resignará a ser marido engañado, y que en cuanto el rumor llegue a sus oídos..., ¡no quiero pensarlo!, porque Manolo es capaz de matarla a ella y mataros a vosotros.

FADRIQUE. *(Descompuesto y tembloroso.)* ¡Ay, calla, Sancho! ¡Los plátanos se me ponen de punta!

SANCHO.—¿Comprendes ahora la tragedia?

FADRIQUE.—Pero ¡eso de Paloma es una infamia!

SANCHO.—Será una infamia; pero se han ido juntos en el Citroën..., tú lo has visto...

FADRIQUE.—Sí; pero yo no podía suponer que... *(Aterrado.)* ¡Chis..., mi yerno!...

SANCHO.—¡Manolo!

FADRIQUE.—*(Con voz sorda.)* ¡Calla! *(Aparte.)* ¡Dios mío, si este salvaje...!

ESCENA XV

DICHOS y MANOLO, CHOMÍN y MONCHO, que vienen de la casa. Tres tipos elegantes de brutos bien

MANOLO.—*(Dándole un golpe fuerte en el hombro.)* ¡Hola, papá!

FADRIQUE.—*(Tembloroso, tratando de parecer alegre.)* ¡Hola, Mama...! ¡Hola! ¿Qué tal, Manolito?

MANOLO.—¿Qué le pasa a usted?

FADRIQUE.—Nada, que estoy un pococo... nervioso.

MANOLO.—*(Otro golpe en el hombro.)* ¿No anda bien esa salud?

FADRIQUE.—Por lo mediano nada más, hijo.

MANOLO.—Vamos, suegro, no se queje usted, que hasta para las enfermedades es usted afortunado. Toda su vida hecho un roble, llega a viejo y le da una enfermedad que se lo olvida todo lo que no le gusta... ¡Mira que es suerte! Y claro que se tiene que morir; pero se le va a olvidar también, y se va a estar hasta el año de la nana. ¿A que sí? *(Otro golpe.)*

MONCHO.—¡Gangas que hay!

CHOMÍN.—¡Enfermedades como ésa, que Dios me las mande!

MANOLO.—Y tú, ¿qué tal, tío Sancho?

SANCHO.—Viviendo nada más, hijo.

MANOLO.—Pero viviendo como un caribe de fuerte. Fijaros. *(Le golpea a Don Sancho.)*

CHOMÍN.—¡Vaya garbo, marqués!

MONCHO.—¡Viva el aire! Ya le veo a usted en teatros de acomodadoras, ya.

MANOLO.—Que quiere que le acomoden a gusto.

SANCHO.—¡Hombre!...

MANOLO.—Que le sientan mejor las mujeres. ¡Como a mí!

CHOMÍN.—¡Y a cualquier tonto!

MANOLO.—Bueno, padre, me voy con estos angelitos.

FADRIQUE.—¿Vienes a comer?

MANOLO.—A comer, puede que no; pero a cenar... tampoco. Estoy a plan. ¡Plan de Cuesta! *(Los amigos ríen.)*

FADRIQUE.—¡Buena está Palomita contigo!

MANOLO.—Pues dígale usted que la semana que viene pienso sentar la cabeza, si tengo dónde.

MONCHO.—¡Qué cafradas! *(Ríe.)*

MANOLO.—Porque ahora no puedo... Hemos fundado éstos y yo la Asociación de ex Alumnos de Santa Rita, y estamos haciendo propaganda.

SANCHO.—¡Valientes calamidades!

FADRIQUE.—¡Menuda plaga!

MONCHO.—Como que nos llaman en Madrid «las tres Gracias».

CHOMÍN.—Y aquí, el presidente, hace cada burrada...

MANOLO.—Para burrada gorda, la que hice en la dehesa de los Gallardos, no hace quince días.

MONCHO.—¡Nos tronchamos!

CHOMÍN.—¿Se lo han contado en la Peña?

SANCHO.—No recuerdo. ¿Qué fué?

MANOLO.—Pues nada: que salimos a derribar reses, y voy, enristro la puya, y en vez de derribar al novillo, la desvío, y, zas..., derribo del caballo a don Gonzalo Corcuera...

CHOMÍN.—Y como todo el mundo sabe que la mujer de Gonzalo le engaña con...

MONCHO.—¡Se organizó un juergazo que hacía humo!

MANOLO.—¡Qué quieren ustedes!... Me asquean los maridos que consienten y se aguantan... Todo lo demás..., de verano... Pero eso... ¡Ahí hay que chafarse el corazón!

FADRIQUE.—*(Se le cae la bandeja de los plátanos.)* ¡Ay!...

MANOLO.—¿Qué ha sido?

FADRIQUE.—Nada, un plátano que me... *(Riendo forzadamente.)* ¡Qué juventud, ¿eh?, Sancho!

SANCHO.—¡Muy graciosos!

FADRIQUE.—Cuéntale la broma versallesca que le hicisteis este verano en Biarritz a la princesa de Sprinley.

MANOLO.—Que nos invitó a un baile que daba en su «château», y como es una tía postinera que dice que en España la gente no sabe recibir, pues nos presentamos los tres de «smoking» montados en burros.

MONCHO.—¡Aquello fué tirarse!

CHOMÍN.—¡El revuelquen!

SANCHO.—¿Y qué hizo ella?

MANOLO.—Les dijo a los criados que a los burros los dejasen pasar; pero que a nosotros, no.

SANCHO.—Pues será postinera; pero no es ninguna tonta.

FADRIQUE.—Qué trueno, ¿eh? ¡Ea!, ¿queréis un plátano?

TODOS.—Gracias.

MANOLO.—El mío, disécamelo en un devocionario, y aquí se quedan ustedes. ¡Ojo con las doncellas, que no son más que cuatro! ¡No pelearse! *(Vanse riendo.)*

ESCENA XVI

DON FADRIQUE y SANCHO

FADRIQUE.—*(Con terror.)* ¿Le has oído?

SANCHO.—Con espanto.

FADRIQUE.—Que le asquean los maridos que...

SANCHO.—Es un bruto que espeluzna.

FADRIQUE.—Y de una fuerza bruta que horripila. Coge una mesa de mármol y es capaz de doblarla y meterla en un sobre, no te digo más.

SANCHO.—Y como corto de alcances... Creo que en el Casino puso un día higuera con hache y le dieron un banquete.

FADRIQUE.—Me adherí.

SANCHO.—Pues en cuanto lleguen a él las murmuraciones, y con ellas las sospechas, preveo que...

FADRIQUE.—Calla, Sancho, que no quiero pensarlo.

SANCHO.—Sí, porque de los maridos engañados, lo terrible es el «début».

FADRIQUE.—Hasta saber cómo lo toman, se pasan ratos angustiosos. ¿Y de dónde habrá salido ese chisme canallesco de mi hija y Chito?

SANCHO.—¡De dónde ha de salir: de casa de las de Ganduleaga!

FADRIQUE.—¿De casa de las de Ganduleaga?

SANCHO.—De donde sale toda la porquería bien, que decís vosotros. Carmelita afirmaba ayer, en casa de las Argollas, que ella vió la otra tarde a Paloma, enfadada y celosa, morder a Chito.

FADRIQUE.—*(Indignado.)* Pero ¿esa bribona se atrevió a decir...?

SANCHO.—Luego, estrechada a preguntas, acabó por confesar que lo que había visto es que Paloma le dió un bocadillo.

FADRIQUE.—¿Dónde?

SANCHO.—En casa de Molinero.

FADRIQUE.—Pero ¡sería de jamón!

SANCHO.—Eso se lo callan.

FADRIQUE.—¡Ah miserables!... ¡Se comen el jamón!

SANCHO.—Y como tus hijas, Fadrique, hay que confesarlo, ¡siempre han ido solas y sin defensa...!

FADRIQUE.—¿Sin defensa..., y hasta hace poco llevaban una carabina cada una?...

SANCHO.—Sí; pero es que ahora hay cada golfo, que ven a las chicas con carabina y las desarman... *(En este momento llaman a la puerta del jardín con golpes repetidos de campana.)*

FADRIQUE.—¡Dios mío! ¿Quién será?

SANCHO.—¡Qué prisa trae!

FADRIQUE.—¡Parece que entra un «auto»!

SANCHO.—¡El Citroën de Silvia!

FADRIQUE.—¿Qué le habrá ocurrido? *(Va hacia el garaje.)*

ESCENA XVII

DICHOS y SILVIA, que entra nerviosísima y desolada, llorando amargamente

SILVIA.—¡Papá! ¡Ay papá! ¡Ay papá de mi alma! *(Cae en sus brazos.)*

FADRIQUE.—*(Aterrado.)* Pero, hija, ¿qué te pasa?

SILVIA.—¡Ay papá! ¡Un convento!... ¡Llevadme a un convento!

SANCHO.—Pero ¿te ha ocurrido alguna desgracia?

FADRIQUE.—¿Has atropellado a alguien?

SILVIA.—No; la desgracia es mía... ¡Sólo mía! ¡Ay, yo quiero morirme! *(Le dan convulsiones histéricas.)*

FADRIQUE.—*(A voces.)* ¡Miss..., miss! Avise usted a la señora, que dice la señorita que quiere morirse...

ESCENA XVIII

DICHOS y MISS NELLY

MISS.—*(Saliendo, asustada.)* Pero ¿qué tiene?

FADRIQUE.—Pero ¿qué tienes, hija?

SILVIA.—*(Convulsiva.)* ¡Ay papá, yo me muero!

FADRIQUE.—No, ¡por Dios! Espera que venga tu madre... *(Llamando.)* ¡Concha! ¡Concha!... Ven pronto, que se muere esta chica.

ESCENA XIX

DICHOS, CONCHA y CARITA

CONCHA.—*(Saliendo muy apenada.)* Pero, hijita; pero ¡qué es eso!

CARITA.—*(Idem.)* Pero ¿qué te ocurre?

SILVIA.—¡Ay mamá de mi alma! ¡Ay Carita de mi vida!... ¡Ay, que voy a perder el conocimiento!

TODOS.—¡No, por Dios!

CARITA.—No apurarse..., que no es posible.

FADRIQUE.—Pero, por lo que más quieras, cuéntanos.

CONCHA.—¡Sí, hija; cuenta!

SILVIA.—Pues nada, mamá: que apenas llegamos al Club, entro en la caseta para ponerme la ropa de juego y voy y me encuentro en el bolsillo del jersey una carta sin abrir. Leo el sobre, y decía: «Para la mema de Silvia.»

FADRIQUE.—¿No sería para la mamá de Silvia?

SILVIA.—No, no; para la mema, para la mema.

CONCHA.—Entonces, no era yo.

SILVIA.—Abro la carta, y oíd lo que dice *(Leyendo:)* «Silvia, tu hermana y Chito te han tomado de pantalla para «flirtear», y tú, ¿qué haces, idiota? ¿Lo ignoras o lo consientes?—*Una amiga.*»

CONCHA.—¡Jesús!

CARITA.—¡Qué infamia! *(Le coge la carta.)*

FADRIQUE.—¡Qué horror!

SANCHO.—*(Furioso.)* ¿Lo ves?... ¿Lo estás viendo?... ¿Me crees ahora?

CARITA.—¡Y la letra es picuda!

SILVIA.—De una del Loreto.

CONCHA.—Solita Ganduleaga, de seguro.

SILVIA.—Yo, al principio, me quedé muerta... Pero luego empecé a pensar. Y lo vi todo claro. ¡Un convento, papá; un convento!

FADRIQUE.—Pero ¡hija!

SILVIA.—¡Paloma es una infame!

CONCHA.—Pero ¿vas a sospechar de tu hermana?

SILVIA.—¡Una traidora! ¡Pronto, papá, un convento!... ¿No oyes que un convento?

FADRIQUE.—Pero no me abrumes. ¿De dónde saco yo un convento? ¡Tú crees que los venden hechos!

CARITA.—Además, no te pongas así... ¡Si tú nunca has querido a Chito!

SILVIA.—Porque creí que me quería él... Pero ahora que sé que no... ¡Ah!

CONCHA.—Y es preciso, Carita, que telefonees a Puerta de Hierro.

FADRIQUE.—¡Sí! ¡Que venga Paloma inmediatamente!

SANCHO.—¡A buena hora!

CARITA.—¡Voy a escape! *(Vanse a la casa.)*

SILVIA.—No. Aquí que no venga Paloma, que no quiero verla.

FADIQUE.—Y tú, hija, no llores; cálmate, que todo lo pondremos en claro.

SILVIA.—¡Sí, papá! Ponlo en claro.

FADRIQUE.—Voy a tomar una determinación energiquísima.

CONCHA.—¿Qué vas a hacer?

FADRIQUE.—No sé; pero he de pedir consejo a la almohada.

SILVIA.—No; a la almohada, no, que ya sé lo que te aconseja: que te duermas... Y yo no puedo tolerar que esto quede así, porque estoy dispuesta a contárselo todo a Manolo.

CONCHA.—*(Aterrada.)* ¿Qué dices?

FADRIQUE.—¡Calla, por la Virgen! ¿Producir un drama conyugal?

SANCHO.—A tu cuñado, ni una palabra; con lo bruto que es... *(Carita vuelve a salir.)*

SILVIA.—¡Ah, pues no, no!... ¡No confiad en mi silencio! ¡Quiero vengarme de Paloma, y en cuanto venga Manolo...!

TODOS.—¡No, por Dios! *(Se oyen bocinazos de automóvil como ladridos, y luego, repetidos e insistentes toques de campana sonada juriosamente.)*

FADRIQUE.—¡Santo Dios!

CONCHA.—¡Los ladridos de Manolo!

CARITA.—¡Sí! Es el «claxon» de su coche.

SANCHO.—¿Le habrán dicho algo?

SILVIA.—Si no, yo se lo diré.

FADRIQUE.—¡Silencio!

CONCHA.—¡Yo estoy muerta!

FADRIQUE.—¡Cielos! *(Aparece Manolo.)*

TODOS.—¡El!

ESCENA XX

DICHOS y MANOLO, CHOMÍN y MONCHO. Manolo aparece con la cara lívida, descompuesto de ademanes, con el pelo en desorden, la corbata deshecha, el sombrero apabullado en la mano. Le traen sujeto los amigos. Apenas la ira le deja articular las palabras

MANOLO.—*(Tirando el sombrero contra el suelo.)* ¡Los hago polvo! ¡Trituro al que sea! ¡Lo mato! ¡Yo el ridículo, no! ¡Antes la muerte!... ¡La muerte, sí, la muerte! *(Se debate en contracciones furiosas, zarandeando a los amigos.)* ¡Aaaah! ¡Ooooh! ¡El ridículo, no, no, nonooo!

CHOMÍN.—¡Calla, Manolo!

MONCHO.—¡Calma Manolo!

CONCHA.—¡Lo sabe!

FADRIQUE.—*(Muy cariñoso.)* Pero ¿qué te pasa, hijo mío?

MANOLO.—*(A punto de embestirle.)* ¿Que qué me pasa?

FADRIQUE.—¡Por Dios! *(Retrocede, aterrado.)*

MANOLO.—Mire usted lo que me pasa... *(Alargándole una carta arrugada.)* ¡Lea usted lo que me...! *(Se ahoga.)* ¡Dadme una cosa, que me ahogo! ¡Los mato! ¡Me mato! ¡Morimos todos!

FADRIQUE.—¿Quieres un poco de agua?

MANOLO.—¡Rayos quiero!... Lea usted..., lea usted... la gorrinería que dice este papel que me han mandado al Círculo de su hija de usted, y de mí, y de todos. ¡Y como esto sea verdad, salimos de esta casa a pedazos!... ¡A pedazos! ¡Sí, a pedazos! *(Se revuelve, furioso.)* ¡No; el ridículo, no!

MONCHO.—¡Por Dios, Manolo! *(Algunos curiosos se asoman a la verja del jardín.)*

CONCHA.—Pero ¡cálmate!

SANCHO.—¡No grites!

FADRIQUE.—Y de gritar, ¡grita en voz baja!

CARITA.—¡Que se asoma la gente!

CONCHA.—¡Por Dios, vamos adentro, que no se enteren!

MANOLO.—No, aquí; no quiero secretos ni tapujos; aquí a la luz del sol, a voces, se va a poner esto en claro. *(Dando la carta a Don Fadrique.)* ¡Lea usted eso!

FADRIQUE.—Aguarda, que los nervios...

MANOLO.—¡Pronto!

FADRIQUE.—¡Por Dios!..., que tengo aquí el último plátano..., y, además, me la has dado al revés... *(La vuelve, tembloroso. Lee.)* «Mama... ma... Manolo... Si no tienes vocación de... manso...»

MANOLO.—*(En una convulsión espantosa.)* ¡Ah ladrones!... ¡Soltadme! ¡Quiero ahogar..., matar a uno! ¡A unoooooo!

CONCHA.—¡Sujetadlo!

FADRIQUE.—*(Con miedo y mirándole de reojo.)* ¡Que no lo suelten! *(Leyendo.)* «...pregunta a tu cuñada Silvia con quién está «flirteando» en este momento tu mujer.—*Un amigo.*»

CONCHA.—¡Eso es una infamia!

MANOLO.—¡O puede que no! ¡A mí no hay quien me tome el pelo! ¡Soltadme! *(Se suelta de los amigos en una sacudida violenta.)*

LOS DOS.—¡Manolo!

MANOLO.—¡A ver! ¿Dónde está mi mujer? ¡Pronto!

TODOS.—*(Vacilantes.)* Pues..., pues...

MANOLO.—¡Que dónde está pregunto!

CONCHA.—Pues ha salido, como todos los días.

MANOLO.—¿Y con quién ha salido?

FADRIQUE.—Yo no sé... Yo... ¿Con quién ha salido?

CONCHA.—Pues con..., con..., con nadie.

SILVIA.—*(Avanzando resueltamente.)* Yo te lo diré, Manolo.

TODOS.—*(En un grito unánime y angustioso.* ¡Nooooo!

MANOLO.—¡Sí! *(La coge de un brazo.)* Aquí di que tú lo sabes.

SILVIA.—¡Sí! ¡Lo sé!

TODOS.—¡Nooooo! *(Entre unos y otros, tirando de ella, la traen y la llevan.)*

MANOLO.—Habla, o empiezo a tiros.

FADRIQUE.—¡Sujetadlo, que nos agrede!

CONCHA.—¡Llevárselo!

MANOLO.—¡Al que me toque, lo mato! ¡Tú, habla!... ¿Con quién ha salido Paloma? ¿Dónde está mi mujer?

ESCENA XXI

DICHOS Y PALOMA

PALOMA.—*(Aparece del lado del garaje, serena y tranquila.)* Aquí estoy.

MANOLO.—¡Tú!

CONCHA.—*(Tratando de defenderla.)* ¡Hija!

PALOMA.—Pero ¿qué pasa? Me habéis telefoneado que viniese, y he venido a escape en el coche... Pero ¡veo que estáis todos con unas caras!... ¿Qué ocurre?

MANOLO.—*(Temblando de ira.)* Esto es lo que ocurre. *(Le alarga la carta.)* ¡Lee!

PALOMA.—A ver. *(Lee.)* ¡Jesús! ¡Qué horror! ¡Y qué asco!

MANOLO.—¿Qué contestas a eso?

PALOMA.—Yo, a esto, nada.

MANOLO.—¿Cómo que nada?

PALOMA.—Nada. Esto es un anónimo; un anónimo es una villanía, y yo las villanías no las contesto: las desprecio. *(Tira el papel sin ira, pero con dignidad.)*

MANOLO.—No te pongas en heroico, Paloma, que estoy frenético.

PALOMA.—Pues cálmate; y no me pongo en heroico: me pongo como conviene a mi dignidad, de la que, por lo visto, estás dudando.

MANOLO.—Pocas pamplinas, y vamos claros. ¿A qué hombre se refiere esa carta?

PALOMA.—No lo sé. Yo no tengo por qué penetrar la intención de un malvado, porque soy incapaz de olvidar mis deberes; pero si los hubiera olvidado

para vengarme de tu abandono y del escarnio que haces de mí con otras mujeres, tampoco te lo diría.

MANOLO.—¿Que no?

PALOMA.—*(Altiva.)* ¡No! ¡El marido es el que ha de estar atento al cuidado de su mujer; y obligación tuya es, si algo te intereso yo, ¡yo!, no tu amor propio, obligación tuya es averiguar a qué otro hombre he podido interesarle!

MANOLO.—Está bien. Me alegro que te pongas en literatura.

PALOMA.—Me pongo en mujer, porque tú me estás poniendo en mujerzuela sometiéndome a un interrogatorio que no te toleraría la más indigna de tus amigas.

MANOLO.—Pues, si tú no me lo dices, yo lo averiguaré, y ¡ay de él, y ay de todos!

PALOMA.—Haz lo que te convenga.

ESCENA XXII

DICHOS Y CHITO

CHITO.—*(Entra.)* Pero ¿por qué os habéis ido?

TODOS.—*(Con espanto.)* ¡Chito!

FADRIQUE.—¡Silencio!

CHITO.—Me han dicho que os han telefoneado, y como os habéis ido sin decirme una palabra, cogí el coche de los Casamatas y... Pero ¿qué pasa?

SILVIA.—¿Y tienes valor para presentarte aquí? ¡Canalla!

CHITO.—Pero ¿qué dice esa chica?

SILVIA.—Lo he sabido todo, ¡todo! ¡Miserable!

CHITO.—Pero ¿por qué me insulta?

FADRIQUE.—¡Cállate, Silvia!

MANOLO.—No, no... Di: ¿por qué le insultas tú?

SILVIA.—Porque éste...

TODOS.—¡Calla!...

SILVIA.—... ¡porque éste, Manolo, éste es el infame!

MANOLO.—*(Ciego de ira.)* ¿Este?...

CHITO.—Pero ¿qué dice?

PALOMA.—Estás loca.

MANOLO.—*(Fuera de sí.)* ¡Ah granuja! ¡Ven aquí, cobarde!

AMIGOS.—*(Intentan sujetarle.)* ¡Manolo, por Dios!

MANOLO.—¡Conque «flirteas» con mi mujer! *(Empuña un revólver.)*

TODOS.—¡Manolo!

MANOLO.—¡Defiéndete, o te mato!

FADRIQUE.—¡Socorro!

CONCHA.—¡Manolo, por Dios!

CARITA.—¡Llevárselo!

MANOLO.—¡Miserable! *(Le suelta un tiro.)*

AMIGOS.—*(Llevándoselo en volandas.)* ¡Por Dios, Manolo!

CHITO.—Pero ¿es a mí?

SANCHO.—Parece que sí.

MANOLO.—*(A quien se llevan, volviéndose en un esfuerzo.)* ¡Miserable! *(Le suelta otro tiro.)*

ESCENA XXIII

DICHOS, menos MANOLO, CHOMÍN y MONCHO; luego, gente y un CURIOSO

TODOS.—¡Socorro! *(Ayes, gritos, confusión. Por fin, entre todos meten en la casa a aquella fiera. Se asoma gente a la verja durante el escándalo.)*

UN CURIOSO.—¿Qué ha sido?

TODOS.—¿Qué ha sido?

CHITO.—Nada, señores; no ha sido nada. ¡Un señor que no tiene puntería!... Nada, nada... *(Se sienta muy tranquilo en un banco.)* De aquí no me muevo hasta que lo mate.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Saloncito despacho muy elegante, en la planta baja del hotel. A la derecha, una puerta. En el ángulo del mismo lado y en ochava, puerta en arco, que da a un «hall». Al foro, un ventanal grande que da al jardín, con vidrios decorados. A la izquierda, dos puertas de habitaciones interiores. Mobiliario adecuado, muy elegante. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CONCHA, SOCORRO, DON FADRIQUE y CELEDONIO. Primero entra CONCHA, apuradísima, llorando, presa de una gran excitación; la sigue SOCORRO, su doncella, con una taza de tila en la mano. Detrás, pasa FADRIQUE, en el mismo lamentable estado que la CONDESA, seguido de CELEDONIO, que pretende darle una cucharada de antiespasmódico. Los servidores también están nerviosos.

CONCHA.—¡Ay, no!... ¡Ay, no!... ¡Ay, que yo nunca pensé esto!... ¡Ay, ese bárbaro!... ¡Ay, qué disgusto! ¡Yo me muero!...

SOCORRO.—*(Temblorosa.)* ¡Ay por Dios! ¡Siéntese, siéntese la señora condesa y tome un poco de tila! *(Concha se sienta y toma un sorbo.)*

FADRIQUE.—*(Entrando.)* ¡Ay, que no sé qué me pasa!... ¡Ay, que a mí me van a matar estos disgustos!

CELEDONIO.—*(Se sienta. Acongojado, a Fadrique.)* ¡Cálmese, cálmese el señor conde!

FADRIQUE.—¡No puedo, hijo, no puedo!... ¡Me ha dado el tic, me ha dado el tic!... *(Se estremece convulsivamente.)*

CONCHA.—*(A Socorro.)* ¿Qué ha sido de la señorita Silvia?

SOCORRO.—La han llevado a su cuarto con un ataque espantoso. ¡Le ha dado por morder!

CONCHA.—¡Ay el de morder! ¡Pobre criatura!

FADRIQUE.—¡Ay, este disgusto con mi enfermedad!... *(Respirando dificultosamente.)* ¡Ay, que yo me ahogo!... ¡Ay Concha, que yo me ahogo!...

CONCHA.—*(Yendo en su auxilio.)* ¡Por Dios, Fadrique!

FADRIQUE.—¡Ay Concha, que se me está agravando la amnesia y ya no me acuerdo cómo se respira!

CONCHA.—*(Dándole golpes en la espalda.)* Sí, hombre; para dentro y para fuera... *(Dándole la norma.)* ¡Aaaaaa!... ¡Aaaaaaa!...

FADRIQUE.—¡Ah, sí, es verdad! *(Cogiendo el ritmo.)* ¡Aaaa!... ¡Aaaa! ¡Ay, ese bárbaro!... ¡Hacernos dos disparos!...

CONCHA.—¡Es un loco!...

FADRIQUE.—*(Se levanta, tentándose el pecho, y pasea nerviosamente.)* ¡Ay Concha, que uno de los proyectiles me ha dado!...

CONCHA.—¡No, hombre! ¡No seas aprensivo!

FADRIQUE.—¡Sí, sí! ¡Que te digo que me dado... un susto horrible!... ¡Créeme!...

CONCHA.—¡Toma, y a mí!

FADRIQUE.—La bala ha pasado rozando mi oído. ¡Sssssst! *(Imita a la bala.)*

CONCHA.—Pero habrá pasado muy rápido.

FADRIQUE.—¡Toma, y tan rápido!... ¡Como que si se entretiene me hace migas!... Pero el susto..., ¡el susto ha sido... !

CELEDONIO.—Tome el señor conde una cucharada de antiespasmódico. *(Se la da tembloroso y caen algunas gotas.)*

FADRIQUE.—Bueno, Celedonio; pero dámela a mí, hijo, que el traje no se ha asustado.

CELEDONIO.—¡Es que tengo un temblor...!

FADRIQUE.—Sí, hijo, ya me hago cargo. ¡Pues figú-

rate tú cómo estaré yo, que he servido de blanco a un segundo premio del tiro nacional! Andad, andad, hijos, retiraos. *(Vanse.)*

ESCENA II

CONCHA y DON FADRIQUE; luego, CARITA

CONCHA.—Pero ¡has visto, Fadrique, has visto ese salvaje! ¡Dos tiros por una simple duda!... ¡Eso no son maridos!...

FADRIQUE.—¡Qué van a ser!... ¡Figúrate si salgo yo así!

CONCHA.—¡Calla, por Dios! ¡Qué vida de sobresaltos! Pero ¿qué sería este chico si se encontrara con una realidad?

FADRIQUE.—¡Toma, pues un pim, pam, pum!

CONCHA.—Además, es un villano...

FADRIQUE.—¡Y, sobre todo, habiendo señoras detrás de mí, que soy tan fácil de atravesar!

CONCHA.—Bueno, Fadrique, espero que a ese bárbaro le harás abandonar esta casa inmediatamente.

FADRIQUE.—En cuanto se le acaben los proyectiles. Antes no pretenderás que yo... Y, sobre todo, teniendo el tic, porque no se me quita el tic. *(Se estremece.)*

CARITA.—*(Saliendo por la primera izquierda con el azoramiento y la agitación propios de las circunstancias.)* ¡Ay hijos; ay, qué disgusto!... ¡Ay, qué horror!... ¡Las chicas están muertas, yo estoy medio muerta, vosotros estaréis casi muertos!...

FADRIQUE.—¡Como que yo no he fallecido porque no me acuerdo cómo se expira, que si no!...

CONCHA.—¡Ay Carita, acaban conmigo!

CARITA.—¡Yo tengo unas palpitaciones y un frío que tirito!

FADRIQUE.—*(Estremeciéndose.)* ¡Por Dios, no hables de eso, que aún parece que estoy oyendo las detonaciones!...

CONCHA.—Y las chicas, ¿cómo están?

CARITA.—Pues Silvia está tremenda, hija. Y como yo me figuraba, después de los espasmos le ha dado el ataque .

CONCHA.—¿Cuál?

CARITA.—El de arañar.

CONCHA.—Me habían dicho que el de morder.

CARITA.—Sí; pero ha cambiado. Como todas las que la sujetábamos éramos mujeres...

FADRIQUE.—Pero ¿le ha dado fuerte?

CARITA.—Como que les ha puesto la ropa a las doncellas que van a tener que salir de su cuarto con capuchones de baño..., no os digo más. Y la infeliz no cesa de gritar: «¡Ay, el día que coja a Chito le deshago, le destrozo! ¡Le saco los ojos!...» Y desgarra cuanto encuentra.

FADRIQUE.—¡Pobre hija!

CONCHA.—Y Paloma, ¿cómo está?

CARITA.—Menos desgarradora en su actitud; pero abatidísima. Y gracias a una inyección de sedol, que le ha puesto la miss, se está calmando.

CONCHA.—¡Ay Carita! Y después de este disgusto horroroso, figúrate ahora por todo Madrid el escándalo, los comentarios... ¡Ese bárbaro, por una estupidez...!

FADRIQUE.—Eso decíamos antes: que si todos los maridos procedieran así...

CARITA.—Habría que hacer trincheras en la Castellana.

CONCHA.—¡Seguro!

CARITA.—Pero lo peor, hijos, y bien sabe Dios que no quisiera decíroslo, para no aumentar vuestra inquietud; lo peor es...

CONCHA.—Lo peor, ¿qué es?

FADRIQUE.—¡Acaba!...

CARITA.—Pues que ese trasto de Chito se ha plantado en el jardín y no hay quien lo arranque de allí.

FADRIQUE.—¡Ay, pues hay que arrancarlo!... Que avisen al jardinero...

CARITA.—Dice que él no se mueve ni a tiros.

CONCHA.—Ya lo hemos visto, ya.

CARITA.—Y nos añadió secamente: «No me asustan los disparos. Yo me he educado en los Estados

Unidos.» Y se sentó en un banco y no hay quien lo levante.

FADRIQUE.—Pero, ¡por Dios!, decidle que ahora no hay seguridad en los bancos; que si se asoma Manolo por una ventana y lo encañona, lo puede pasar mal...

CARITA.—Le hemos hecho toda clase de reflexiones; pero repite que se ha educado en los Estados Unidos, y no hay quien lo mueva.

CONCHA.—¡Ay, pues, por Dios, Carita, baja y dile que se vaya!

FADRIQUE.—¡Que se vaya, por todos los santos del Cielo; que su presencia aquí puede agravarnos la situación!...

CARITA.—¡Y tanto!... Porque su actitud es agresivísima. Figúrate que me ha dicho que a él se le han disparado dos tiros, y que él no se va sin disparar otros dos al autor del atentado...

CONCHA.—¡Qué horror!

CARITA.—O, en su defecto, al dueño de la casa, que es el inmediato responsable.

FADRIQUE.—*(Aterrado.)* ¿A mí? Pero ¡ese bárbaro...!

CARITA.—Dice que esto es lo yanqui.

FADRIQUE.—¡No, por Dios, que perdone! ¡Qué va a ser eso lo yanqui!... Siguiendo esa lógica, a quien debe disparar es al fabricante de la pistola... ¡Más razonable que ése...! Eso es lo yanqui, y eso es lo bizcaitarra, y eso es lo de todas las partes del mundo.

CONCHA.—¡Naturalmente!

FADRIQUE.—Pero, ¡por Dios!, si comprendéis que lo que pretende es matarme, avisad a mi secretario... Yo no estoy para eso..., yo me encuentro muy mal... A mí me va a volver el tic... *(Hace aspavientos nerviosos.)* ¡Yo no estoy para que otro loco me...!

ESCENA III

DICHOS y SANCHO.

SANCHO.—*(Sale despeinado, con una punta del cabello suelta, la ropa sucia. Trae cara de espanto.)* ¡Ay Fadrique, vengo horrorizado!

FADRIQUE.—*(Con terror.)* ¿Qué pasa?

SANCHO.—¡Que Manolo tiene un ataque espantoso!... ¡Eso no es un hombre, eso es un tigre!... ¡Mirad cómo me ha puesto!

CONCHA.—¡Me alegro!

SANCHO.—En los primeros momentos llamé por teléfono a vuestro médico, el doctor Sabadell.

CONCHA.—¡Bien hecho!

SANCHO.—Acaba de llegar.

FADRIQUE.—¿Y qué dice?

SANCHO.—Pues dice que Manolo se encuentra amenazado de una congestión gravísima.

CONCHA.—No me choca nada de esa fiera.

SANCHO.—¡No sabéis cómo está!

CARITA.—¿Mal?

SANCHO.—Muerde, patalea, desgarra... Le he ido a echar un jarro de agua por la nuca, a ver si lo despejaba, y me ha dado una bofetada que me chillan los oídos de un modo... que parece que estoy oyendo a la Banda Municipal una cosa de Wagner.

FADRIQUE.—Me alegro.

SANCHO.—¿Qué?

FADRIQUE.—Que me alegro que no haya sido más que una, porque cuando ese bárbaro se pone...

SANCHO.—Luego quise enjugarlo con una toalla de felpa... ¡Y qué felpa ni qué narices!... Me agarró furioso por el pescuezo y con el cepillo de los dientes me ha roto un colmillo.

FADRIQUE.—¿Tuyo?

SANCHO.—De Filbestan. ¡Aquí hay! ¡Me he estrenado... *(Enseñándoselo.)* ¡Precioso! ¡Fijaos!

FADRIQUE. — Cuando vengas aquí a estas cosas, tráete los colmillos de andar por casa.

SANCHO.—Y allí le dejé, que no pueden sujetarle entre cuatro... Ahora le ha dado por morder porcelana y ha triturado la jabonera.

CARITA.—¡Qué espanto!

SANCHO.—Yo creo que se muere, porque en su extravío furioso se ha comido media pastilla de Heno de Pravia.

CONCHA.—No; por eso no le pasará nada.

CARITA.—Es asturiano.

SANCHO.—¡Es que le dejé con los ojos desorbitados y echando espuma por la boca!...

FADRIQUE.—Hombre, claro, el jabón... Pero no te apures...

SANCHO.—Ahora, que lo trágico, porque ya comprenderéis que cuando yo he venido es que la tragedia sigue su línea ascendente...

FADRIQUE.—Sí, caramba. Bueno, ¿qué?

SANCHO.—Pues lo trágico no es que muerda ni que desgarre, sino que estaba empeñado en matar a Chito y ha cambiado de opinión.

FADRIQUE.—¿Quiere que Chito le mate a él?

SANCHO.—¡Quiere matarte a ti!

FADRIQUE.—¡A mí!... ¡Porra! ¿Otro?

CONCHA.—Pero a éste, ¿por qué?

SANCHO.—Asegura que tú tienes la culpa de todo por no haber sabido educar a tus hijos.

FADRIQUE.—Pues si es por eso, al primero que debe matar es a su padre.

CARITA.—¡Naturalmente!

FADRIQUE.—¡Ea, que ya me voy hartando yo de que todos los tiros vengan a mí! *(Se oyen gritos y ayes lejanos.)*

CONCHA.—¡Ay! ¿Qué es eso?

FADRIQUE.—¡Cerrad las puertas! ¡Debe de ser Manolo, que viene!

ESCENA IV

DICHOS y SOCORRO.

SOCORRO.—*(Entra desolada.)* ¡Ay señora!... ¡Ay señora condesa!...

CONCHA.—¿Qué sucede, Socorro?

SOCORRO.—¡La señorita Silvia, que quiere tirarse a la calle y la he cogido con medio cuerpo fuera de la ventana!...

CARITA.—¡Ay, con medio cuerpo fuera!

CONCHA.—¡Ay si se tira! ¡Ay, qué escándalo! ¡Ay, con medio cuerpo fuera!

CARITA.—¡Vamos, vamos!...

SANCHO.—*(Siguiéndolas.)* ¡Gracias a Dios que los tengo en pleno drama! *(Vanse todos, menos Fadrique, por la segunda izquierda.)*

CONCHA.—*(Se oye lejos una voz que llama.)* ¡Fadrique!... ¡Fadrique!...

ESCENA V

DON FADRIQUE; luego, MISS NELLY.

FADRIQUE.—*(Cerrando la puerta de la segunda izquierda.)* No, yo no voy; yo no puedo ir... ¡Yo estoy gravísimo! Me siento cada vez peor de la amnesia y estoy temiendo que se me va a olvidar todo, me voy a marchar al Casino sin darme cuenta y no van a creer que es la enfermedad... Pero, ¡ah!..., sí..., cada vez me falta más la memoria. *(Saca un habano de la petaca, muerde la punta y mira el anillo antes de tirarlo.)* ¿No lo dije?... Creí que había cogido un partagás y es un cabanas... ¡Yo estoy cada vez peor!... *(Se tienta los bolsillos y se levanta alarmado.)* ¡Ay, ay!..., que no... ¡Ay, que

no tengo cerillas!... *(Llamando hacia el «hall».)* ¡Socorro! ¡Socorrito!

MISS.—*(Apareciendo en la puerta.)* ¿Llamaba el señor conde?

FADRIQUE.—*(Exagerando su desfallecimiento.)* ¡Ah! ¿Usted, miss? ¡Oh, la Providencia me la envía!... ¡Pase, miss, pase! *(Entra.)*

MISS.—¡Oh, qué disgusto, señor conde!

FADRIQUE.—¡Ay miss! ¡Ay, que yo necesito alguien que me tranquilice, que me dé un calmante! ¿Ha visto usted qué trastorno?

MISS.—¡Oh, par Dios!

FADRIQUE.—¡Ay miss, que acaban conmigo! ¡Ay miss, que no puedo más! *(Se deja caer en sus brazos casi sollozando.)*

MISS.—*(Sosteniéndole, asustada.)* ¡Par Dios, señor conde!... ¡No llora!

FADRIQUE.—*(Al ver que ella quiere soltarlo.)* ¡Ay miss!... No se vaya usted, que se me va todo...

MISS.—¿Está mareo?

FADRIQUE.—Sí, señora; estoy bastante mareado... Lléveme a la cama, que me siento mal.

MISS.—Es que había una cocharilla abajo... Siéntase ahora, que podrá bien.

FADRIQUE.—*(Sentándose, pero atrayéndola.)* Bueno; pero no se aleje de mi lado, que en cuanto me quedo solo me caigo. Antes me he caído, miss. *(La abraza.)* ¡Me he caído!

MISS.—Ma no sa coge..., que si viana la señora condesa...

FADRIQUE.—¡Me he caído!... *(Va, mira y vuelve.)* Pero no viene.

MISS.—¿Quiera al señor conde que le ponga una anyacción de sedoll?... Eso le calmará bien.

FADRIQUE.—¡Ah! Pero ¿usted sabe poner inyecciones?

MISS.—A la señora duquesa vango de ponerle a su cuarto. Aquí llevo la abuja e los inyectables.

FADRIQUE.—Es verdad que la he oído a usted decir que ha sido enfermera en la Gran Guerra.

MISS.—Yo andaba un año al «jospital» e ponía todas las anyacciones, a la ragión del Yprès.

FADRIQUE.—¿En la región de Yprès!... *(Aparte.)* No sé dónde es. *(Alto.)* Bueno; pues a mí póngamela en la región que quiera; pero no haciéndome daño, ¿eh?

MISS.—¡Oh, nada va a sentir el señor conde! Dame el antebrazo. La abuja metemos antes primero. *(El Conde se arremanga discretamente el antebrazo y ella le clava de un pinchazo rápido toda la aguja.)*

FADRIQUE.—¡Ay! *(Se queja dolorosamente, tratando de sonreír.)*

MISS.—¿La ha hecho a osté daño?

FADRIQUE.—Yes... Y es que ha pinchado usted en hueso, miss.

MISS.—Sí..., no astá bien. Yo saca en seguida mismo. Verá ahora. *(Otro pinchazo rápido.)*

FADRIQUE.—¡Ay! *(Gesto más doloroso que antes.)* ¡Miss, se tira usted a matar con más decisión que Villalta!

MISS.—¡Oh, no vale nada tampoco! Ya tenga al sitio bueno. *(Pincha en otro lado.)*

FADRIQUE.—*(Con cierto terror.)* ¡Bueno; usted me ha tomado el brazo por un acerico!

MISS.—*(Riendo.)* Es que encontrar el buen sitio a pinchar al señor conde es un grave problema.

FADRIQUE.—*(Resolviéndose muy animoso.)* Bueno; pues no se moleste más, miss, porque el problema grave no es el de usted, sino el mío.

MISS.—¡Oh! ¿Qué problema es al del señor conde?

FADRIQUE.—Pues todo mi problema es quitarle a usted las eses.

MISS.—¿Cómo quitar las eses?... No comprienda.

FADRIQUE.—Sí, porque lo que yo quiero es no llamarle a usted miss Nelly..., sino mi Nelly, mi Nelly, sin esas eses ...¿Compriende usted ahora?

MISS.—¡Oh, esas cosas sin eses no son a pansar con estos disgustos de familia, señor conde!

ESCENA VI

DICHOS y CONCHA

CONCHA.—*(Muy seria.)* Pero ¿qué hacen ustedes? *(Quedan petrificados.)*

FADRIQUE.—Nada, nada... Que ya sabes que miss es enfermera, y me estaba poniendo una inyección calmante.

CONCHA.—*(Con extrañeza.)* ¿Calmante?... Pues parecía que había salido al encerado, porque no hacías más que decirle: «Borre miss, borre mis...»

MISS. — *(Muy avergonzada.)* Es que al señor conde...

CONCHA. — *(Interrumpiéndola severamente.)* ¡Ya, ya!... *(Le indica la puerta.)* Tenga la bondad un momento. *(Miss saluda y se retira por el «hall».)*

MISS.—¡Señora!... *(Aparte.)* ¡Esa enfadarse!

ESCENA VII

DICHOS, menos MISS NELLY

FADRIQUE.—Bueno; ya comprenderás que la pobre muchacha...

CONCHA.—*(Con ironía.)* Ya, ya... Y me parece mentira, con lo que nos pasa, encontrarte riendo...

FADRIQUE.—*(Con acento dolorido.)* Pues ésa es mi desdicha, Concha... Ya ves cómo estaré que ni me acuerdo de lo que me decía ni me acuerdo de lo que me pasa.

CONCHA.—Yo, de lo que te pasa sí me acuerdo: que no tienes vergüenza.

FADRIQUE.—*(Como recordando.)* ¿Qué es vergüenza?... ¡Ah, sí!... Pero, ¡por Dios, Concha, hazte cargo que los trastornos me han...!

CONCHA.—Bueno; no nos detengamos ahora en

nimiedades, porque has de saber que ese demonio de Chito...

FADRIQUE.—¿Sigue obstinado en no irse?

CONCHA.—E insiste en que se ha educado en los Estados Unidos, y no hay quien lo mueva. ¡Y figúrate si Manolo se entera y baja!

FADRIQUE.—¡Calla, por Dios, qué tragedia!

CONCHA.—Y como Carita no puede convencerlo, yo le he dicho que me lo suba, a ver si encuentro manera de expulsarle; se lo pediré en nombre del honor y de la tranquilidad de un hogar... ¡Las tonterías que le hacen decir a una los hijos, Dios mío!

FADRIQUE.—Y Silvia, ¿cómo está?

CONCHA.—Sigue desesperada, clamando por sacarle los ojos a Chito... Pero yo estoy tranquila: la hice ponerse el pijama y acostarse.

FADRIQUE.—¿Y no temes que en otro rapto vuelva a abrir la ventana y...?

CONCHA.—No; como está gordita, el pijama le sienta mal, y ella, con una cosa que le siente mal, no se tira a la calle. La conozco.

FADRIQUE.—¡Oh madre previsora, cómo me tranquilizas! Y a propósito...: una cosa que se me ocurre...

CONCHA.—¿A ti?... ¡Qué raro!

FADRIQUE.—Raro, pero escucha. Es interesante.

CONCHA.—Dime.

FADRIQUE.—En el caso de que Chito insista en no irse, ¿por qué no le induces a que celebre una conferencia con Silvia? Quizá esto le determinara a marcharse... Si la chica le... *(Acción de acometer.)*

CONCHA.—Pero ¿no comprendes que si la chica le ve le saca los ojos?

FADRIQUE.—Eso no es una dificultad; yo le serviría de lazarillo hasta la puerta.

CONCHA.—Oye: pues puede que sea una idea.

FADRIQUE.—Medítala. Que si él se ha educado en los Estados Unidos, ella se ha educado en Chamartín... Y... ya veremos.

CONCHA.—Pues a la calle, sea como sea..., sin olvidar esa ventana, ¿eh? *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA VIII

CONCHA, CHITO y CARITA

CHITO.—*(Aparece seguido de Carita.)* Condesa...

CONCHA.—¡Ay por Dios, hijo mío! Pero ¿cómo no te has ido?... Tú no sabes lo que sufro pensando en el peligro que corres aquí.

CHITO.—Gracias, condesa; pero no me voy.

CONCHA.—¿Cómo no?... Sí, hijo mío, ¡por Dios!; anda, vete. Tú eres bueno; comprende que has puesto en entredicho la honra de una familia, la felicidad de un hogar... Y que te pide que te vayas una madre dolorida que...

CHITO.—No insista, condesa; me he educado en los Estados Unidos, y no me voy.

CARITA.—¿Lo estás oyendo?

CONCHA.—Pero, hombre, yo no sé qué tenga que ver la educación de los Estados Unidos con atravesar un portal.

CHITO.—Es que no me puedo ir sin matar a Manolo.

CONCHA.—*(Horrorizada.)* ¡Por Dios, hijo! ¡Jesús!

CHITO.—¡Es irremediable!

CARITA.—Pero ¿por qué?

CHITO.—Me ha disparado dos tiros estando yo inerme.

CONCHA.—Sí, hijo; pero eso no ha tenido importancia. Si que te los disparó; pero, vamos, te los ha disparado, ¿cómo diría yo?..., sin mala intención.

CARITA.—Al buen tuntún... A ver si te daba... un susto o cosa así; pero nada más.

CHITO.—Y aparte de éste, existe otro motivo fundamental: no puedo irme porque yo, indirectamente, he comprometido a Paloma.

CONCHA.—¡No, hijo!

CHITO.—Sí, señora; la he comprometido. Y dada la actitud salvaje de su esposo, su tranquilidad y su

porvenir corren un riesgo gravísimo, y yo no puedo abandonarla.

CONCHA.—Sí, hombre, ¿no has de poder?... Vete y verás.

CHITO.—Yo, en este momento, necesito ofrecerle mi fortuna y mi vida. Sacrificarla mi porvenir y mi honor. Otra cosa sería una fuga. Yo no me voy sin hablar con Paloma, pase lo que pase. Me he educado en los Estados Unidos.

CARITA.—Ya lo oyes.

CONCHA.—¡Dios mío! ¿Por qué no se habrá educado este chico en una Escuela Municipal?

CARITA.—No seas terco, hijo. Yo te ruego, en nombre de la tranquilidad de todos y aun en el de la tuya propia, que te vayas y no agraves con el conflicto a que puede dar lugar tu presencia en esta casa la situación tristísima en que, por una ligereza tuya, estamos todos.

CHITO.—Por eso que la ligereza es mía, la responsabilidad es mía también. De modo que otro motivo más para no irme.

CONCHA.—*(Ya desesperada.)* Pero entonces, para irte, ¿qué necesitas?

CHITO.—Tres cosas: batirme con Manolo, garantir la situación de Paloma y sincerarme con Silvia.

CONCHA.—¡Basta! Pues nada: como por una de las tres cosas hay que empezar, primero sincérate con Silvia. Al fin, es la más ofendida.

CHITO.—Como usted ordene. *(Aparte.)* ¡Menudo cartelito me va a hacer a mí esto!

CARITA.—*(Aparte, a Concha.)* Pero oye: que Silvia tiene el de arañar.

CONCHA.—*(Aparte.)* ¡Por eso! A ver si le amarga y se va de una vez. *(Alto.)* Bueno, pues avísala, Carita.

CARITA.—Le diré que se ponga un quimono y que venga. *(Vase a buscarla por la primera izquierda.)*

ESCENA IX

DICHOS, menos CARITA

CONCHA.—Y tú, hijo, ten un poco de calma si está algo excitada, porque ya la conoces. Y luego considera que lo que le has hecho, más que de los Estados Unidos, parece de la Guindalera.

ESCENA X

CONCHA, CHITO, SILVIA y CARITA

SILVA.—*(En quimono. Excitada, nerviosa, con la melena revuelta.)* ¡Mamá!

CONCHA.—¡Hija mía!

SILVIA.—¿Por qué me llamas?

CONCHA.—Aquí tienes a Chito...

SILVIA.—*(Exaltada.)* ¿Dónde?... *(Le ve.)* ¡Oh!... *(Retrocediendo.)* ¡Qué asco! ¡Qué odio! ¡Qué repugnancia!... ¡No, no quiero verlo! ¡No quiero!

CARITA.—Tranquilízate, hija.

CONCHA.—Quiere sincerarse contigo.

SILVIA.—¿Conmigo ese traidor, ese canalla?

CONCHA.—¡Chis!... Baja la voz, hija mía, y óyelo con calma. Carita os acompañará. Si viene alguien, meteos en mi gabinete. El se ha educado en los Estados Unidos; no olvides dónde te has educado tú. *(Vase. Quedan los tres solos. Pausa.)*

ESCENA XI

DICHOS, menos CONCHA

SILVIA.—*(Mira en silencio a Chito. con odio. Luego le dice violenta:)* ¡Usted dirá!

CHITO.—Pues yo... quisiera que tuvieses la bondad...

SILVIA.—¡Silencio! *(Callan de nuevo. Otra pausa.)* ¡He dicho que usted dirá!

CHITO.—¿En qué quedamos?... Mira, Silvia: perdona que...

SILVIA.—¿Que te perdone a ti?... ¿A ti, que eres un traidor y un desleal?... No, no; yo no quiero hablar contigo. Me da asco, me da un asco profundo. Carita, háblale tú. ¡A mí no me da la gana hablar con sinvergüenzas!

CHITO.—Poco a poco.

SILVIA.—¿Como poco a poco?... ¡De una vez!... Carita, dile que es un granuja y un canalla. ¡Y un bandido!...

CARITA.—¡Mujer!

SILVIA.—¡Díselo!

CARITA.—Mira: eso más valía que se los dijeras tú por teléfono, cuando funcione el automático, porque antes la Central te cortaría.

SILVIA.—Pues al menos llámale pollo pera.

CARITA.—Mujer, es ordinariez... ¿No sería lo mismo que le llamaras pollo fruta?

CHITO.—Mire usted, Carita: lo que debe usted decirle es que se modere...

CARITA.—Que te moderes...

SILVIA.—¿Que me modere contigo? ¿Contigo, que eres el ser más repugnante y más canallesco de la Tierra?...

CHITO.—Insisto en que le diga usted que se modere, porque, si no, sus insultos me obligarán a una franqueza que se le va a usted hacer duro transmitirla.

CARITA.—Dice que tus insultos...

SILVIA.—¡Muy bonito!... Dile qué nueva ofensa quiere añadir a su canallada.

CARITA.—¿Que qué nueva ofensa...?

CHITO.—Ninguna. Dígale usted que lo que quiero rogarla es que tenga la bondad de recordar que yo no he podido ser desleal, porque yo jamás me insinué con ella de un modo claro.

CARITA.—Que no se insinuó...

SILVIA.—¿Que no?... ¡Y tienes valor para...! *(Va a acometerle y Carita la sujeta.)*

CARITA.—¡Por Dios!

SILVIA.—¡Déjame que le...!

CHITO.—*(Retrocediendo.)* Dígala usted que se contenga.

CARITA.—Que te contengas.

SILVIA.—¡Que no me da la gana!

CARITA.—¡Que se la figura que no quiere!

SILVIA.—¿Y vas a tener valor de decir, encima de lo que has hecho, que fuí yo la que...? ¡Miserable!

CHITO.—Yo lo que digo, Carita, es que lo único que ha pasado entre nosotros es que una tarde, en una fiesta de aviación, me ofreció su Citroën para traerme a Madrid. Estábamos en Cuatro Vientos y no tuve valor para desairarla.

CARITA.—¡Es natural!

CHITO.—Nos rodeaba la mar de gente y acepté; por cierto que, por venir hablándome, mató dos perros y abolló una aleta. Y me costó veinticuatro pesetas de multa. Ibamos en dirección prohibida.

SILVIA.—¿Y es eso para decir que...?

CHITO.—Un poco de calma. Otra tarde, delante de varias chicas, en el Tiro de Pichón, me llamó «protagonista». Yo, para corresponderla, al merendar, le ofrecí una medianoche. Me dijo: «Empiézamela, que me molestan los picos.» Y la mordisqué. ¿Yo qué iba a hacer?... Luego me confesó que aquella medianoche le había quitado el sueño... ¿Yo qué culpa tengo de sus insomnios?

SILVIA.—Pero ¿no estás oyendo a ese imbécil y ese presumido?

CHITO.—Y, por último, una tarde, en los toros, al

irme, le dije: «¿Me quieres...?» Y me dijo: «¡Con locura!», sin dejarme acabar, porque yo iba a decirle: «¿Me quieres hacer el favor de darme mi bastón, que dejé detrás de ti?» Y ésta es toda la historia de nuestros amores.

CARITA.—¡Ay hijo! Pues con menos se han casado otros.

CHITO.—*(Asombrado.)* ¿Con menos?

SILVIA.—Sí, señor; con mucho menos. Y todo eso que dices será verdad; sí, señor, es verdad. Haces bien en reprocharme que haya sido frívola, ligera, estúpida, porque comprendo que me he hecho ilusiones ridículas; pero es que he sido una necia, que empecé a interesarme por vanidad y por estupidez, y luego ya no puede una sustraerse a su corazón, que le hace querer a quien... *(Rompe en lágrimas.)* ¡Canalla! ¡Miserable! ¡Granuja! *(Nerviosa, le tira dos o tres almohadones.)*

CHITO.—Bueno; pero dígale usted que no me arroje objetos.

CARITA.—Yo ya no llevo más recados.

SILVIA.—Porque yo no te quería, no; no te quería... Pero luego te quise, ¡lo confieso!... Te quise con una ilusión y con una..., y con una... ¡Aaaah! *(Le da una congoja.)*

CARITA.—¡Ay, cójala usted, que se muere! *(La sujetan.)*

SILVIA.—*(En plena convulsión.)* ¡Ay, que sí, que me muero!... ¡Que quiero arañar!... ¡Que quiero morder! *(Lo despeina.)*

CHITO.—*(Aterrado.)* ¡Por Dios, que me deshace!

CARITA.—¡Sujétela, que quiere morder!

CHITO.—Es que no está bien que me muerda a mí... Soy un muchacho soltero. Que la muerda a usted, que tiene más confianza.

CARITA.—¡Cójala usted, que no vamos a dejar que se mate! ¡Que yo no tengo fuerzas!

SILVIA.—¡Yo quiero morder! ¡Yo quiero arañar!

CARITA.—¡Araña, hija, araña!

CHITO.—¡Por Dios, no la anime usted, que me está poniendo negro!

CARITA.—Alguien viene. Llevémosla a su cuarto.

CHITO.—Bueno; pero que la pongan una camisa de fuerza.

CARITA.—Usa pijama.

CHITO.—Pues un pijama de fuerza..., ¡que me deshace! *(La llevan por la primera izquierda entre los dos. Silvia sigue con sus gritos, convulsiones y arañazos.)*

ESCENA XII

DOCTOR SABADELL, CONCHA, DON FADRIQUE y SANCHO. El DOCTOR SABADELL, que es hombre como de sesenta años, con un poco de melena, cara de bondad y de sabiduría, y que habla con marcado acento catalán, entra tomando el pulso a CONCHA y a DON FADRIQUE. Tiene cada mano en la muñeca de uno

FADRIQUE.—Qué, ¿cómo me encuentras, doctor?

SABADELL.—Pues ya verás: te encuentro bastante mal, ¿eh?

FADRIQUE.—*(Asustado.)* ¿Veis?... Si a mí los disgustos no me han sentado bien en la vida.

CONCHA.—Y a mí no me encuentras el pulso, ¿verdad?

SABADELL.—No, no te lo encuentro; pero, vamos, no me corre prisa.

FADRIQUE.—Oye: ¿y yo qué debo hacer, Paco?

SABADELL.—Pues tomar un calmante y marcharte al Casino.

FADRIQUE.—Bueno; tiene un ojo clínico este hombre...

CONCHA.—¿Y verdad que yo tampoco estoy para disgustos, Paco?

SABADELL.—¡Claro que no, mujer! Esto de los disgustos es para la gente ordinaria; pero vosotros..., dejárselo estar, hombre. Nada de disgustos.

FADRIQUE.—Bueno; ¿y eso del Casino, Paco?

SABADELL.—Para después de las comidas, un poco antes del café, durante dos meses.

CONCHA.—Y Manolo, ¿cómo está, Paco?

SABADELL.—Ese está peor... Allí, en su cuarto, me

lo he dejao, que parese el anunsio de un dentrífico, triturando jaboneras y dando patadas, puñetasos y berridos.

CONCHA.—Pero habrás supuesto que los berridos son puramente románticos.

SABADELL.—¿Qué haser? Conosco a Paloma y pondría mi corasón a que en todo lo pasado en esta casa no hay motivo para un solo berrido de los legítimos.

FADRIQUE.—¿Te han contado el disgustazo?

SANCHO.—Se lo he contado yo.

SABADELL.—Sí; aquí, don Sancho, ya me lo ha contado.

FADRIQUE.—¿Y qué opinas?

SABADELL.—¡Que la cosa es gravísima!

CONCHA.—¡Ay, gravísima!

FADRIQUE.—¡Ay, que dice que gravísima!

CONCHA.—¿Y qué te parece que hagamos, Paco?

SABADELL.—¿Vosotros tenéis confiansa en mí?

FADRIQUE.—Eres médico, eres sabio, eres pariente...

CONCHA.—Has visto nacer a mis hijas...

FADRIQUE.—Y a mis nietos, ¿cómo no hemos de tenerla?

SABADELL.—Bueno; pues ya sabéis que soy catalán, rudo, franco, incapaz de farsas, ¿eh?..., y que le llamo al pan, pan... (no al pan que venden ahora en las tahonas, claro), y al vino, vino... Siempre que no lo bautisen, porque si no, ya no lo llamo vino, aunque la taberna sea de mi padre y esté en la Rambla.

FADRIQUE.—Sí, sí... Ya sabemos que eres «més catalá que Deu».

SABADELL.—Pues bien: para resolver la situasión patológica de todos los individuos de esta casa, basta con una vara de fresno, cosa que no está en mi mano...

FADRIQUE.—¡Afortunadamente!...

SABADELL.—Y dos dosenas de tasas de tila. Pero hay otra enfermedad aquí que es más grave. Se trata de un caso de patología moral, si se me permite el barbarismo.

CONCHA.—Y eso ¿qué es, Paco?

SABADELL.—¡Pues una friolera!... Dos vidas que se rompen, un hogar que se deshace y, sobre todo, dos criaturitas que se quedan sin padre y sin madre, y todo esto con una frivolidat y una elegansia que espanta...

CONCHA.—Bueno, Paco; y ese horror, ¿cómo crees tú que podría remediarse?

SABADELL.—¡Pues dejándome a mí operar con toda energía! La dolensia no es para contemplasiones: o sí o no; el caso es quirúrgico.

FADRIQUE.—Sí, sí; dejémosle, Concha. ¡El es sabio, él es fuerte!... ¡Opera, Paco, opera!

CONCHA.—Pero ¡Paco!...

FADRIQUE.—Nada de pero... O-pera, Paco, opera.

CONCHA.—¡Dios mío!... ¡Mira que es muy brusco!

SABADELL.—¿Qué ha dicho?

FADRIQUE.—Brusco, brusco; no te alarmes; ha dicho brusco, nada más que brusco. *(Vanse por el «hall».)*

ESCENA III

DOCTOR SABADELL y SANCHO; luego, PALOMA

SANCHO.—Bueno; y ¿qué va usted a hacer, amigo Sabadell?

SABADELL.—¡Oh! Pues mire: ¿qué quiere que haga, marqués? Salvar a estos dos muchachos, que es lo único interesante, hombre. Paloma, ¿sabe?, es una buena muchacha, llena de las ridiculeces y los prejuicios de la educasión que ha resibido, claro está; pero una buena muchacha. Y Manolo es un bruto bien, que disen ustedes. Pero a veses, dentro de estos brutos bien suele haber un hombre regular. Si lo hay, vamos a sacarlo.

SANCHO.—Y a usted, ¿le parece eso obra fácil?

SABADELL.—Fácil, no; posible, sí. Estas gentes aristocráticas, ¿sabe?, están acostumbradas, desde que nasen, a que todo se les subordine. La fortuna y el

nombre les dan un prestigio, y el prestigio, una autoritat que nadie discute, ni criados ni maestros; y cuando ya son mayorsitos, ¿sabe?, estas fasilidades que han encontrado en la vida, esta sumisión en todo, les hase creer que pueden incluso subvertir el orden natural de las cosas, y que las cosas tienen que pasar como ellos quieren que pasen, y hasta que la vida misma les ofrece una dificultad grave, ¿entiende? No conosen su error. Y éste es problema de esta casa. ¿Me explico?

SANCHO.—Sí; se explica usted, sin duda; pero yo no he acabado de entender.

SABADELL.—Muy fásil, hombre. Verá. Este matrimonio de Paloma y Manolo es un matrimonio mal hecho.

SANCHO.—¡Cómo mal hecho, si los ha casado el nuncio!

SABADELL.—Pues mal hecho con Nunsio y todo, porque, miri, ya le diré; para casarse, primero hay que quererse, y luego, casarse, y a estos dos chicos los han casado primero, a ver si por casualidad se querían después, y como no se han querido, pues hay que deshaser el matrimonio para volverlo a haser como Dios manda. ¿Ve qué sensillo?

SANCHO.—¡Deshacer el matrimonio!... ¿Y le llama usted sencillo a eso?

SABADELL.—Natural, hombre. Conque hágame el favor de desirle a Paloma que tenga la bondat de venir, que voy a empesar mi plan.

SANCHO.—Sí, hombre, con mucho gusto. *(Aparte.)* No en balde tiene fama de loco este doctor! *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA XIV

DOCTOR SABADELL y PALOMA; después, CELEDONIO

PALOMA.—*(Entrando.)* ¡Paco! *(Le tiende la mano.)*

SABADELL.—¡Hola, pubilla! *(La abraza.)*

PALOMA.—¿Y tía Isabel?

SABADELL.—Como hase treinta y sinco años, allí la tienes disiendo que los catalanes somos muy bruscos y que le resete unos sellos para esas pantomimas nerviosas que padese.

PALOMA.—Pero ¡te quiere mucho!

SABADELL.—¡Oh! Si no fuera por eso, ya se los habría resetado. Bueno; y ¿qué ha sido esto, Palomita?

PALOMA.—Nada, Paco; no ha sido nada.

SABADELL.—¿Nada? ¿De verdat?

PALOMA.—Nada. Ha podido ser mucho; no ha sido nada. El disgusto, sí, mortal; y el escándalo, como para huir de Madrid. ¡Una vergüenza! ¡Un dolor! *(Llora.)*

SABADELL.—¡Bueno, no llores! Llorar es una cosa deprimente y susia. No te va bien. Es mejor que me cuentes la verdat de tu corasón; pero no la verdat que se cuenta a la gente con la que no se tiene confiansa, como padres y maridos, no; sino la que nos contamos a nosotros mismos, con todo lo confesable y lo inconfesable, ¿me entiendes?

PALOMA.—Te entiendo. ¿Quién mejor que tú merece la verdad de mi corazón? ¡Tú, que eres noble, bueno y sabio!...

SABADELL.—Bueno; déjate de estar de esto ahora y ábreme tu alma, ¿sabes? Que hay que curarla, ¿eh? Y tengo que verla por dentro.

PALOMA.—Pues, mira, Paco: tú ya conoces mi pequeña historia, que es, poco más o menos, la de todas las muchachas de mi clase.

SABADELL.—Sí, mujer; ya sé: muñecas bonitas, trapitos elegantes, y de cultura, nada. El fransés, el inglés que se nesesita para desir impertinensias en público y que no te las entiendan; cuatro fórmulas de trato sosial, y luego, mucha libertat y poca ropa, mucha imaginasión y pocas cosas útiles en que emplearla, ¿no?

PALOMA.—Seguramente...

SABADELL.—Ya me perdonarás, ¿eh?

PALOMA.—No, ¡por Dios! Si tienes razón. No podemos aspirar a otro juicio. Nos pasamos la vida exclusivamente haciendo planes con las amigas: el

tenis, el golf, la Castellana, el Palacio del Hielo, las fiestas de caridad, el tiro de pichón y corretear todo el día conduciendo el Citroën.

SABADELL.—Sí; para haser las tonterías un poco más de prisa y algo más lejos.

PALOMA.—¡Es la verdad, Paco! Pues en estas condiciones, me dijo un día mamá: «Oye, Paloma: hazle caso a Manolo Montebajo.» «Es que a mí me gusta más Pepito Montealto», le dije. «Sí; pero Manolo tiene tres o cuatro millones más, es hijo único y me ha dicho su madre que le gustas.» Y me casaron con Manolo.

SABADELL.—¡Bonita historia de amor! No le querrías, naturalmente...

PALOMA.—No mucho. Te estoy diciendo la verdad; pero mi suegro me regaló un Rolls y mi suegra un collar de veinte mil duros, y aquello me animó un poco. Y como me casó un cardenal, me apadrinó un príncipe, me retrataron en todos los periódicos y nos fuimos a París... Claro, todos esos deslumbramientos me envanecieron y me alegraban, y luego que al principio, yo no sé por qué, me daba gusto decir «mi marido».

SABADELL.—Sí; la novedat de designar al hombre con un sustantivo nuevo.

PALOMA.—Pero cuando volví del viaje de novios, quiero confesártelo, volví un poco decepcionada; no traía en mi alma el más leve recuerdo de una sola emoción sentimental. Al año tuvimos el primer hijo, y precisamente cuando despertaba en mí esa ternura que acompaña a la maternidad y que nos hace querer mejor a todos los que debemos querer..., entonces, precisamente por aquellos días, me enteré que Manolo le había puesto casa a Pepa la Ecijana.

SABADELL.—A todo matrimonio le llega su Pepa.

PALOMA.—Pues éste ha tenido su Pepa, y su Manuela, y su Amparo, y su Encarna.

SABADELL.—¡Oh, ya, ya! Los hay que abarcan una gran extensión del santoral.

PALOMA.—Y a poco, hicieron su aparición las borracheras, las juergas, las ausencias injustificadas,

los escándalos públicos con mujeres... ¡Qué sé yo!... Al principio de estas cosas, lloré; luego sentí un poco de repugnancia, y al fin, una gran indiferencia... Pero lo grave fué que con todas estas humillaciones y los rencores que me producían, empecé a disculparme a mí misma la atracción que me inspiró un muchacho: Chito Vallares.

SABADELL.—¡Paloma! *(Alarmado.)*

PALOMA.—Pero no te asustes; me enamoré de él platónicamente.

SABADELL.—Menos mal, si tienes la seguridat de conoser a Platón.

PALOMA.—A Platón, no; pero a Chito, por fortuna, le conocí en seguida, y me convencí que no valía la pena producir a mi conciencia el trastorno moral que su cariño me iba a causar. Me arrepenti a escape, quise alejarle de mi lado, pero él se resistió, y en esta situación llegaron los anónimos y se produjo el disgusto en que nos encuentras. Esta es la verdad, toda la verdad, como tú la querías.

SABADELL.—Bueno; la enfermedat no es leve. No hay para qué ocultarlo.

PALOMA.—¿Y tu diagnóstico?...

SABADELL.—Matrimonio desavenido por insufisiensia amatoria y tarambanitis aguda. Pronóstico grave. Y mucho más grave aquí, donde no se pueden rectificar con el divorsio estos errores sentimentales.

PALOMA.—Y tú, ¿le ves a eso alguna solución, Paco?

SABADELL.—Una sola, si tienes valor para acometerla.

PALOMA.—Lo tengo. ¿Qué he de hacer?

SABADELL.—Tener una entrevista con tu marido ahora mismo y decirle que tienes que separarte de él porque no lo quieres.

PALOMA.—*(Asustada.)* Pero ¡si le digo eso!...

SABADELL.—¿No es ésa la verdat? Pues la verdat sin miedo. Si el enfermo no conose toda la extensión de su mal, no tiene interés en curarse. Luego, ya le propondré yo el único remedio que tiene, a mi juisio, vuestra situasión.

PALOMA.—Si lo crees preciso...

SABADELL.—¿Qué haser?... Pecho al agua. *(Toca el timbre y aparece Celedonio.)* Seledonio...

CELEDONIO.—Señor...

SABADELL.—Dile al señorito Manolo que venga.

CELEDONIO.—El señorito Manolo acaba de fracturarle dos patas a la meridiana, y lo tienen sujeto entre el señor marqués y los señoritos.

SABADELL.—Bueno; que lo suelten bajo fiansa, y que venga. Dile que es urgentísimo.

CELEDONIO.—Bien. Me pondré el casco que hay en el «hall». *(Vase.)*

ESCENA XV

DICHOS, menos CELEDONIO

PALOMA.—¡Ay Paco!, que yo tengo miedo; que Manolo, con esa furia que tiene...

SABADELL.—Claro que la primera avalancha...; pero, vamos, para esto, ya te metes ahí, que yo te llamaré.

PALOMA.—Sí, sí; mejor será... *(Se oyen las voces destempladas de Manolo.)*

SABADELL.—Anda, que viene el siclón. *(Paloma sale por la primera derecha.)*

ESCENA XVI

DOCTOR SABADELL y MANOLO; después, PALOMA

MANOLO.—*(Gritando dentro.)* ¡No, no quiero ver a nadie!...

SABADELL.—¡Caray, quin terremoto!...

MANOLO.—*(Entrando.)* ¡No quiero hablar con nadie!... ¡No quiero pamplinas!... ¿Para qué me llaman?... ¡Pronto!... ¡No quiero hablar con nadie!... ¡No quiero pamplinas!... ¿Quién me llama?

SABADELL.—Pues te llamaba yo para...

MANOLO.—*(Furioso.)* ¡Y tú, ven aquí!... ¿Por qué me has puesto dos sinapismos en la espalda?

SABADELL.—Hombre, yo, por si la congestión...

MANOLO.—A mí los sinapismos se me ponen cara a cara.

SABADELL.—Hombre, hay prosedimientos médicos que no permiten el vis a vis.

MANOLO.—Bueno; ¿para qué me llamas? ¿Qué quieres?

SABADELL.—No es cosa mía. Te llamo por encargo de tu mujer.

MANOLO.—¿De mi mujer? ¡No quiero verla, no quiero oírla, porque no sé si podría contenerme!

SABADELL.—¡Cálmate, caray!

MANOLO.—No puedo calmarme; a mí se me ha tomado el pelo.

SABADELL.—¡A ti no se te ha tomado nada, hombre!... ¡Si tienes una cabellera de anunsio!...

MANOLO.—Además, ya me figuro lo que quiere. Intervenciones amistosas para buscar un arreglito, ¿no?

SABADELL.—Estás en un error. Lo que quiere es despedirse de ti, porque se va de tu lado para siempre.

MANOLO.—*(Se queda como el que recibe un golpe en la nuca.)* ¡Eh!...

SABADELL.—Y jusga indispensable una última entrevista para que pongáis un término conveniente a vuestra vida matrimonial... Porque tenéis dos hijos, no sé si te acordarás.

MANOLO.—Pero ¿encima es ella la que...?

SABADELL.—Yo no sé nada, cumplo su encargo. Te he llamado, aquí estás tú. *(Llama.)* ¡Paloma!... *(Aparece por donde se fué.)* Aquí está ella, y aquí estov yo... de más. Euraoneu. Bon dia tinguin. *(Vase «hall».)*

ESCENA XVII

DICHOS, menos DOCTOR SABADELL

PALOMA.—*(Después de una pausa en que se miran: ella, recelosa; él, con duro rencor.)* Manolo, perdona que...

MANOLO.—*(Secamente.)* No sigas; es inútil que hablemos, Paloma. No necesito explicaciones ni disculpas; ni las pido ni las quiero.

PALOMA.—*(Adoptando el mismo tono.)* Me alegro, porque ni necesitaba ni quería darte explicación alguna.

MANOLO.—Entonces, ¿para qué llamabas?

PALOMA.—Para recordarte que tenemos dos hijos y que es necesario que determinemos la situación en que han de quedar los niños, porque yo me voy a separar de ti.

MANOLO.—No te molestes; pienso tomar la iniciativa.

PALOMA.—Me alegro; así quedaré yo en casa de mis padres.

MANOLO.—Ya, ya me figuro que era esta separación la que convenía a tus propósitos.

PALOMA.—No he tenido jamás propósito alguno. Pero no te ocultaré que, aun lamentando las causas, no veo con pena esta separación.

MANOLO.—¡Claro, ya me lo figuro!...

PALOMA.—Pero no por el móvil bastardo que supones, sino porque hace tiempo que ni tú ni yo nos queremos lo necesario para vivir juntos, y a mí, vivir unida a un hombre que no quiero, me parece una indignidad.

MANOLO.—Pues si no me querías, ¿por qué no me lo has dicho?

PALOMA.—Recuerda que tú no me lo has preguntado jamás.

MANOLO.—Bueno; basta de circunloquios. Yo me marcho ahora de esta casa.

PALOMA.—Cuando te parezca mejor.
MANOLO.—Tú quédate con los niños.
PALOMA.—Es lo razonable.
MANOLO.—Hasta que tengan edad de ingresar en un colegio.
PALOMA.—Muy bien.
MANOLO.—Y nada más.
PALOMA.—Bueno.
MANOLO.—Y siento que no nos hayamos entendido.
PALOMA.—Y yo.
MANOLO.—Pero no podrás decir que ha sido mía la culpa.
PALOMA.—Ni mía.
MANOLO.—Puede que los dos tengamos razón.
PALOMA.—Puede.
MANOLO.—Adiós.
PALOMA.—Adiós. *(Paloma hace mutis por la segunda izquierda.)*

ESCENA XVIII

MANOLO; luego, DOCTOR SABADELL

MANOLO.—¡Y encima que es ella la que... sin esperar a que yo...! Yo me voy a la calle, vaya si me voy... Pero ¡antes de irme voy a armar un escándalo de abrigo!... *(Inicia el mutis furioso.)*
SABADELL.—*(Entra por el «hall» y le detiene.)* ¿Qué habéis hablado?
MANOLO.—Hemos quedado de acuerdo: nos separamos.
SABADELL.—¿Y a eso le llamas acuerdo?
MANOLO.—Bueno; desacuerdo, si quieres; pero me voy.
SABADELL.—Ya harás lo que quieras, ¿eh?... Pero ¿tú has pensado lo que significa que te marches de esta casa, Manolo?
MANOLO.—Yo no he pensado nada.
SABADELL.—Pues deshaser un hogar. Perder una

mujer hermosa, que si te quisiera podría haserte dichoso, y dos hijos, que si no se educan a tu lado nunca serán tuyos.

MANOLO.—Todo lo que quieras; pero las cosas han venido así...

SABADEL.—¡Las cosas no vienen: las traemos nosotros, tonto! Conque piensa, porque vale la pena, que aún puedes encontrar remedio a tu mal.

MANOLO.—No puedo.

SABADELL.—Puedes.

MANOLO.—Pero ¿cómo?

SABADELL.—Con un poco de voluntat y de lógica. ¿Qué pasa aquí? Que tu matrimonio te ha salido mal, ¿no?

MANOLO.—¡Malísimo!

SABADELL.—¡Pues deshaslo y vuélvelo a haser, hombre!

MANOLO.—Pero ¿hablas en serio?

SABADELL.—¡Y tan en serio! Para lo cual hoy mismo debes separarte de tu esposa.

MANOLO.—Pues eso voy a hacer...

SABADELL.—Pero aguarda. Te separas hoy; pero mañana, o a lo más pasado mañana, espérala en la calle, síguela por todos lados. Hazla el amor de nuevo, escríbela una carta llena de esas tonterías que se presisan para que una mujer te diga que sí, y si procuras interesarla, quiérela a ella sola, sufre con sus penas, alégrate con sus alegrías, llévala al «sine» todos los vermuts hasta que os estorben la carabina y los entreactos, y cuando comprendáis que vuestra unión es la de dos almas, no la de dos fortunas, os unís de nuevo, os matrimoniáis, digámoslo así; cosa bien sencilla, porque te encontrarás casado otra ves sin ir a la iglesia, sin convidar al Richs a mucha gente que no conoses, ni oír la plática del obispo, ni dejarte retratar al magnesio... Y con dos chicos en casa, que siempre es una gana tener ahorrado ese trabajo. Y entonses es cuando seréis de verdat marido y mujer.

MANOLO.—Bueno; ¿y todo eso me lo dices en serio?

SABADELL.—¡Y tan en serio!

MANOLO.—No te calumnian los que te llaman chiflado, Paco.

SABADELL.—O lo hases o has perdido la felisidat para siempre.

MANOLO.—Voy a hacer lo que hacen los hombres: irme de esta casa, no volver a mirar a mi mujer, aunque me cayera a pedazos por ella, y partirle la cara al que ha querido tomarme el pelo. ¡Nada más! ¡Eso es lo que hace un hombre!

SABADELL.—Un hombre de colmado... ¡Un hombre de lógica hase lo mío!

MANOLO.—¡Nunca!

SABADELL.—¡Ya lo veremos!

MANOLO.—*(Saliendo.)* ¡Celedonio!... ¡Mi ropa, mi equipaje, mis cosas, pronto! ¡Pronto! *(Vase dando voces.)*

SABADELL.—¡Grita, grita! ¡Ya me darás la rasón, ya! O hases el matrimonio como se debe haser, o no es matrimonio. *(Vase primera derecha.)*

ESCENA XIX

CHITO y CARITA. Salen los dos de puntillas: Chito, despeinado, arañado, con la americana desgarrada, la corbata deshecha; Carita, irónica, ocultando a duras penas su satisfacción

CHITO.—Bueno; así no se discute ni se razona. ¡Cómo me ha puesto!

CARITA.—¡Qué quieres hijo! *(Hablan en voz baja.)* ¡Como le ha dado el ataque!

CHITO.—¡No; al que le ha dado el ataque ha sido a mí! ¡Si lo sé, no me sincero!

CARITA.—Ya te lo decía; pero como me has dicho que te habías educado en los Estados Unidos...

CHITO.—Y ella, ¿dónde se ha educado?

CARITA.—En las Ursulinas... ¡Es que dan una educación muy completita, con gimnasia y todo!

CHITO.—Ya, ya... ¿Y qué hago yo ahora si no encuentro un «taxis»?

CARITA.—Vete corriendo arrimado a la acera.

CHITO.—¿Y usted cree que llegaré a casa sin peligro?

CARITA.—Si tienes la suerte de que no te vea un trapero, desde luego. *(Chito vase por el «hall». Ella queda sonriendo.)*

ESCENA XX

DICHOS, DOCTOR SABADELL, DON FADRIQUE y CONCHA

FADRIQUE.—Bueno; ¿de modo que tu plan...?

SABADELL.—¡Admirable!... ¡Se separan amistosamente!

CONCHA.—¿De modo que todo se ha resuelto?

SABADELL.—¡En la mejor armonía!... *(Se oye dentro un estrépito horrible de golpes y voces.)*

LOS TRES.—*(Asombrados.)* ¿Qué es eso?

SABADELL.—Nada, lo que os he dicho: ¡que se están separando amistosamente!

LOS TRES.—*(Estupefactos.)* ¡Amistosamente!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Todas las luces encendidas

ESCENA PRIMERA

SILVIA; luego, NENÉ, TITÍN, INVITADA 1.ª; después, MONCHO, CHOMÍN y TINO. Al levantarse el telón se escucha muy lejana y atenuada la música de un «fox-trot» tocado por un sexteto. SILVIA, en traje de noche, habla muy azorada y sigilosamente con alguien a quien acaba de encerrar en la habitación primera derecha.

SILVIA.—No, no hay nadie; pero no salgas. Silencio. ¡Sería mi perdición!... No, no insistas, que no puedo...; no tardo, no. Va a acabar el baile. Volveré en seguida... Sí, sí, que no me echen de menos... No, no... No insistas, que no puedo... En la mano, sí. *(Mete la mano por la juntura de la puerta y suena un beso.)* ¡Por Dios, qué escandaloso!...

NENÉ.—*(Seguida de las amigas. Todas con trajes de noche.)* ¡Silvia!

SILVIA.—*(Aterrada y al que está dentro.)* ¡Gente! *(El que está dentro cierra la puerta y coge la mano a Silvia, que, dolorida, se sopla los dedos.)* ¡Aaa...! ¡Me ha cogido los dedos!

TITÍN.—Oye, cielo: te buscábamos.

SILVIA.—¿Vosotras?

NENÉ.—Sí.

INVITADA 1.ª—Parece que te contraría.

SILVIA.—No.

NENÉ.—¿Hablabas con alguien?

SILVIA.—No.

TITÍN.—¿Y a quién le decías: «En la mano, no...», digo: «En la mano, sí»?

SILVIA.—Pues se lo decía a...

LAS TRES.—¿A quién? ¿A quién?

SILVIA.—Bueno; ya os lo diré. Callad. No abráis, no miréis. Silencio. No tardo... ¡Ay, si superais...!

NENÉ.—Estás nerviosa.

SILVIA.—No es para menos... Cuando sepáis... Aguardad... *(Al de dentro.)* No insistas, que no puedo. Hasta ahora. *(Vase por el «hall».)*

TITÍN.—Oye: pero ¿qué misterio es éste?

NENÉ.—¿Quién insistirá?

INVITADA 1.ª—Respetemos el secreto.

NENÉ.—Es que podemos respetar y mirar... Tiene cerradura.

INVITADA 1.ª — Callad, que vienen unos pelmas. *(Aparecen Moncho, Chomín y Tino, de frac o «smoking», por el «hall».)*

MONCHO.—¡Hola, sueños!

CHOMÍN.—¡Adiós, monadas!

TINO.—¿Qué hacéis aquí tan solitas?

TITÍN.—Está esta salita tan solita y tan acogedora...

MONCHO.—Sí, ¿eh?... *(Trata de rodearle el brazo por la cintura.)*

NENÉ.—¡Estáte quieto, rico!

MONCHO.—¿No has dicho algo de acogedora?

NENÉ.—¡Sí, pero de la habitación, no de mí!

CHOMÍN.—¡Espérate que suene el sexteto otra vez, tonto!... Con música no las molestas.

NENÉ.—¡Oh, qué ingenioso!... Si dices eso en clase te ponen un cinco.

CHOMÍN.—Oye: aquí podemos fumarnos tranquilamente un cigarrillo, ¿queréis?

ELLAS.—Sí, sí...

TINO.—¿Sirven kedives? *(Los ofrece.)*

TITÍN.—Son los que usa papá; yo los fumo más fuertes..., los de mamá; pero por una vez...

INVITADA 1.ª—Oye: el baile está espléndido, ¿no?

TINO.—Es que estos Valdearos reciben muy bien.

MONCHO.—¿Encendéis? *(Les ofrece un encendedor.)*

TITÍN.—Oye: pero ¡qué original eres en todo! ¿Pues no tiene un encendedor que enciende? *(Encienden.)*

MONCHO.—Pero ¿tú sabes lo que me ha costado encontrarlo?

INVITADA 1.ª—A mí me gusta más encender con fosforera.

CHOMÍN.—¡Pues rasca, cielo!

TINO.—Bueno; estás de gracioso como para que te lisien.

TITÍN.—Oye, y digo yo una cosa: ¿a qué habrá venido dar este baile los Valdearos, sabiendo todo el mundo el disgusto de Paloma con el marido y que llevan seis meses separados?

NENÉ.—Hija, tiene una justificación. Todos los años lo dan. Es el santo del conde. Además, ellos no han dicho que Paloma y Manolo estén separados, sino que él está en un viaje profesional.

TITÍN.—Pero ¡si su profesión es no hacer nada!...

NENÉ.—Pues por eso: como su profesión es no hacer nada... y en el viaje no hace nada, pues un viaje profesional.

MONCHO.—Sí; pero podían haberlo llamado de recreo.

NENÉ.—Es que les ha dicho mamá que profesional suena mejor.

INVITADA 1.ª—La verdad es que tu mamá, para poner a las cosas nombres raros, se pinta sola.

TINO.—¡Que si se pinta!...

NENÉ.—Como que a papá, cuando regañan, le llama hermenéutico.

CHOMÍN.—Oye: ¿y qué es eso?

NENÉ.—Pues una cosa que nadie sabe lo que es y que a él le fastidia.

MONCHO.—Y es lo que ella dirá: «Le molesto y no le ofendo.»

CHOMÍN.—Oye: pues ahora está de enhorabuena tu madre.

NENÉ.—¿Por qué?

CHOMÍN.—Porque creo que ya pueden entrar mujeres en la Academia de la Lengua.

INVITADA 1.ª—¡Y gallegos, y vascos, y de todo!

MONCHO.—Y, claro, como tu mamá escribe y da conferencias...

NENÉ.—Sí; ayer dió una sobre las casas baratas.

CHOMÍN.—No serán las vuestras, porque el piso que menos, cobráis mil pesetas...

NENÉ.—Mira, Chomín: no te hagas el «causer».

TINO.—Eso es lo que debía hacer tu mamá: coser.

TITÍN.—Oye: ¿y que irán a hacer las mujeres en la Academia de la Lengua?

CHOMÍN.—Soltarla, digo yo... Porque otra cosa..., ¿verdad?

NENÉ.—No; dice mamá que allí hacían falta mujeres, porque como la Academia es para limpiar, fijar y dar esplendor...

TITÍN.—¿Y tu mamá va a ir a limpiar?

MONCHO.—Sí, pero no te creas que le van a tomar de asistenta... Es el idioma lo que limpian...

INVITADA 1.ª—¡Hija, qué cosas!... Bueno, cielos, ¿y habéis tenido plan esta noche?

NENÉ.—¡Ay, hija, sí!... Pero hemos pasado todo el día en un plan ostra. Por la mañana hemos estado en el Peral, que es ese quiosco de la Castellana que le llaman el Peral, porque es donde van los peras..., y que diga ésta...

TITÍN.—Ni un chico conocido. Luego nos fuimos al golf, y animado, pero todo viejos lechugas.

INVITADA 1.ª—¡Huy, calla, qué horror!

NENÉ.—Y por la tarde al Goya..., la película no nos gustó... porque era una cosa de Viola Dana, ¿sabes?...

TITÍN.—Y, además, porque estuvimos esperando a Alfonsito Peñaca y a Luisito Miera... que nos hicieron rabona.

CHOMÍN.—Entonces podéis decir que lo que empezó en plan ostra, acabó en plan...tón.

NENÉ.—Gracias que a la salida los encontramos en la incubadora.

INVITADA 1.ª—Oye, ¿qué es eso?

TITÍN.—El vestíbulo del «cine»; le llaman así por-

que hay una de pollitos, que vas con trigo y tienes un éxito.

SILVIA.—*(Entrando.)* ¿Vosotros todavía?

NENÉ.—Pasa. *(La rodean las tres.)*

SILVIA.—*(Señalando a los muchachos.)* Pero ¿con éstos?

TITÍN.—¡Qué remedio!

SILVIA.—¿Habéis mirado?

INVITADA 1.ª—¡No, palabra!

NENÉ.—Además, han puesto una cosa negra en la cerradura y no se veía.

SILVIA.—Entonces no es porque no habéis mirado, sino porque no habéis visto.

CHOMÍN.—*(Acercándose.)* Pero ¿qué es esto?... ¿Se secretea?...

TITÍN.—Sí.

MONCHO.—¿Quiere decirse que estorbamos?

SILVIA.—Sí... *(Como arrepentida.)*, es decir, no... ¿Por qué no he de fiarme de vosotros?...

CHOMÍN.—Haz lo que quieras; pero si te decides, con nosotros cuentas como un tabor de regulares.

TINO.—De superiores; no seas modesto.

MONCHO.—Bueno, ¿de qué se trata?

SILVIA.—Pues que me pasa una cosa, ¿sabéis?... que me llena de zozobra y de alegría al mismo tiempo.

TODOS.—*(Con gran curiosidad.)* ¿Qué es, qué es?

SILVIA.—Habréis observado que estuve toda la noche triste y aburrida sin querer bailar. Luego me vine a esta habitación, y obsesionada con mis pensamientos, me puse a hablar sola, pero en voz baja; cuando de pronto viene Carita Conesa y me dice: «¡Chito!» «Pero si apenas se me oye», replico. Pero me señala esta ventana e insiste: «¡Chito!»... ¡Miro, y, en efecto, era él!... *(Chito aparece por primera derecha.)*

ESCENA II

DICHOS y CHITO

CHITO.—¡Servidor!

TODOS.—¡Tú!

CHOMÍN.—Pero ¿por dónde has entrado?

CHITO.—Por veinticinco pesetas. Con oro nada hay que falle. Soborné al portero...

TODOS.—*(Con alegría.)* ¡Muy bien, muy bien!

CHITO.—Me colé en el jardín, trepé por una ventana...

NENÉ.—¡Qué atrevido!

CHITO.—Yo necesitaba hablar con ésta y dije: ¡Un baile! ¿Cuándo mejor? ¡Todos distraídos, todos atendiendo a la gente!, y dicho y hecho.

MONCHO.—¡Bravo!

NENÉ.—¡Bueno, esto es una aventura de película!

INVITADA 1.ª—¡Ay, a mí me encanta!

SILVIA.—Pero ¿si lo ve papá?

INVITADA 1.ª—¡Aunque lo vea, me encanta!

CHOMÍN.—¿Y habéis hablado?

CHITO.—Cuanto hemos querido; y la he dicho lo que quiero que sepáis todos..., ¡que la amo y la amaré eternamente!

SILVIA.—Pero que no sean esas eternidades tuyas de mes y medio...

CHITO.—Es que las eternidades de antes, que eran para siempre, ya no se estilan...; pero vamos, dentro de lo moderno, esto se va a prolongar todo lo que a ti te dé la gana.

TINO.—¡Estupendo!

CHOMÍN.—¡Formidable!... Y no seríamos dignos de tu confianza si no te protegiéramos de un modo kucuxclancesco.

MONCHO.—¡Eso! ¡Hay que continuar la aventura!

TODOS.—Sí, sí...

SILVIA.—Pero ¿cómo?

CHOMÍN.—Esta noche tenéis que bailar los dos aquí mismo.

TINO.—¡Confundidos entre nosotros!

CHITO.—¡Está dicho!... *(Suena lejana la música.)* Callad...

NENÉ.—Ahora tocan un charlestón.

CHITO.—¿Te atreves, Silvia?

SILVIA.—¿Y si nos sorprenden?

MONCHO.—Nosotros os protegemos.

CHITO.—Vamos... *(La coge.)*

SILVIA.—¡Voy a bailar con un miedo horrible! *(Bailan todos.)*

CHITO.—Entre la agitación del charlestón y la necesidad de tener precaución, tengo una emoción...

SILVIA.—Pues yo, entre la sensación de bailar contigo, el charlestón y el miedo a que alguien, de sopetón...

MONCHO.—*(Que bailando con Nené se ha acercado a la puerta a ver si viene alguien.)* Tu mamá...

SILVIA.—*(Asustada.)* ¡Eh!

NENÉ.—Tu mamá no viene.

CHITO.—¡Por Dios, tened cuidado, que uno está emocionado!

SILVIA.—E imagínate el susto, considera el disgusto, si cualquiera nos ve...

CHOMÍN.—*(Que baila con Titín, que también ha ido a mirar.)* ¡Tu papá!...

SILVIA Y CHITO.—¡Eh!...

TITÍN.—¡Tu papá sí viene!

CHITO.—¡Mi madre!

TINO.—¡Su padre!

INVITADA 1.ª—¡Sálvese el que pueda! *(Huyen todos por las puertas laterales de la izquierda.)*

ESCENA III

CHITO y DON FADRIQUE

FADRIQUE.—*(Del «hall».)* Pero ¿a qué esta desbandada?... *(Llega a tiempo de sorprender a Chito cuando va a huir por el ventanal al jardín. Al verle.)* ¿Eh? ¡Tú!

CHITO.—*(Aterrado.)* ¡Don Fadrique!

FADRIQUE.—¡Chito!

CHITO.—Pero ¿cómo se abre esto? *(Tratando de abrir la ventana.)*

FADRIQUE.—¿Cómo estás aquí?...

CHITO.—Perdone usted, pero no puedo negarlo, me he introducido furtivamente en el baile...

FADRICUE.—*(Amenazador.)* ¡Esa osadía!...

CHITO.—Yo necesitaba hablar con Silvia.

FADRIQUE.—Hablar con Silvia, ¿de qué?... ¿No viniste en una ocasión aquí a burlarte de ella y a producir en mi casa un disgusto cuyas consecuencias aun sangran?...

CHITO.—¡Don Fadrique!

FADRIQUE.—¡Sangran!... ¡No quito una coma!

CHITO.—Perdóneme, don Fadrique, pero le voy a usted a abrir mi pecho, para que usted vea...

FADRIQUE.—*(Sigue enérgico.)* ¡Yo en tu pecho no tengo nada que ver!

CHITO.—¡Por Dios, don Fadrique, óigame usted!... ¡Yo amo a Silvia!

FADRIQUE.—*(Asombrado.)* ¿Que amas a Silvia?

CHITO.—¡La amo, sí! Los hombres no valemos nada, don Fadrique.

FADRIQUE.—¡Qué me vas a decir a mí, hijo mío: ni un cupro!

CHITO.—¡Yo era un tonto, don Fadrique!

FADRIQUE.—¿Cómo era?... ¿Ese pretérito no será una ilusión?

CHITO.—El ambiente hace los hombres. En los Es-

tados Unidos, con aquel aire fuerte, rígido y frío que tienen las personas y las cosas, yo me creí un ser superior. Vine a España, me miré al espejo y dije: ¡Mecachis, qué guapo soy!... ¡Los estragos que voy a hacer en el sexo débil!... Y lo que hice fué el canelo.

FADRIQUE.—Veo con gusto que has cambiado el argot neoyorquino por el léxico chamberilero.

CHITO.—E hice el canelo, porque Madrid me ha vuelto a empequeñecer. Me siento de una acción más blanda, más suave, más tolerante..., hasta el extremo de que, ¿sabe usted lo que me enamoró locamente de Silvia?... ¡Pues que un día vine a sincerarme con ella, y me pegó una paliza!

FADRIQUE.—Ha salido a su madre.

CHITO.—Me arañó, me zarandeó, me convirtió en un pelele. ¡Pero sus puñetazos encendieron una hoguera en mi corazón, y desde que me golpeó la adoro ciegamente!... ¡Yo soy como un sello, don Fadrique: la que me pega, me adhiere a su corazón!

FADRIQUE.—Has salido a tu suegro. *(Le abraza.)* ¡Yo también he tenido debilidad por los amores traumáticos!

CHITO.—¿De modo que protegerá nuestro cariño?

FADRICUE.—Hombre..., os protegeré siempre que jures que no vienes con mal fin...

CHITO.—Conde, Silvia es el fin de mis anhelos; Silvia es la gloria... Si mi fin es ella, mi fin es la gloria, y la gloria, ¿cómo va a ser mal fin?

FADRIQUE.—Bueno; si sigues en ese terreno, te doy dos pesetas y tomas un «taxi», porque a mí cursilerías, no, que estoy delicado.

CHITO.—Pero ¿nos protegerá?

FADRIQUE.—Sí, hombre; pero anda al jardín y serénate, que estás muy sofocado. Ya te mandaré llamar oportunamente.

CHITO.—Bueno; ¡es usted grandioso, don Fadrique!

FADRIQUE.—¡Regular!

CHITO.—¿Cómo regular? La estatua de la Libertad iluminando al mundo es un «bibelot» comparada con usted...

FADRICUE.—Todos tenemos nuestra grandeza. *(Se abrazan.)*

CHITO.—Sí; pero yo...

FADRIQUE.—Tú te vas al mar del Norte y avergüenzas a un iceberg, no lo dudes.

ESCENA IV

DICHOS y SILVIA

SILVIA.—*(Alegre.)* ¿Vosotros abrazados? ¡Oh, yo temía que tu indignación...!

FADRIQUE.—Sí; el primer impulso fué echarle las manos al cuello... para desabrochárselo, porque creí que se ahogaba del susto cuando me vió; pero luego...

SILVIA. — ¿Le has perdonado la ofensa que nos hizo?

FADRIQUE.—Le he perdonado a medias... La parte tuya, sí, porque cuando bailabas con él he supuesto que no estabais a matar. Ahora, mi parte, no.

SILVIA.—Chito ha jurado quererme por toda una eternidad.

CHITO.—Amo a Silvia como no lo soñé jamás: exíjame usted el mayor sacrificio.

FADRIQUE.—Pero ¿tú me has tomado a mí por don Gonzalo de Ulloa?

SILVIA.—Sí, papaíto; yo creo que ahora me quiere de veras, porque aunque yo también le quería, supe callar durante estos seis meses, y él es el que ha vuelto por su voluntad; y él ha sido siempre un poco presumido... Pero malo, no.

FADRIQUE.—¿De modo que os queréis en serio..., es decir, vamos, en eso que se llama de veras?

CHITO.—Toque usted aquí. *(Señalando el corazón.)*

FADRIQUE.—No me da la gana.

CHITO.—Es para que vea usted cómo me late el corazón, emocionado al oír las palabras de este án-

gel... ¡La adoro, la adoro, sí; puedo decirlo con la cara descubierta!

FADRIQUE.—Bueno; pues toca aquí... *(En el brazo.)* ¿Ves este bíceps? Pues tiene un desarrollo de quinientas bofetadas por segundo... Conque mucho ojo con eso que has dicho de la cara al descubierto.

SILVIA.—Tú les hablarás a mamá y a Paloma, ¿verdad, papaíto?

FADRIQUE.—Sí, hija, te lo prometo; pero oportunamente. *(A Chito.)* Tú, ahora, al jardín. *(A Silvia.)* Y tú, a empujar a los invitados... Empieza por hablarles del modo de ponerse los abrigos en el extranjero, a ver si cogen la indirecta y hacen una demostración práctica.

SILVIA.—Sí; allá voy.

CHITO.—¡Adiós, cielo!

SILVIA.—¡Adiós, rico!

CHITO.—¡Dulzura!

FADRIQUE.—¡Cierra la compotera, que viene gente! *(Vanse los muchachos: uno, por el «hall», y la otra, por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA V

DON FADRIQUE y SABADELL, por la primera derecha

SABADELL.—*(Entrando.)* ¡Hola, Fadrique!

FADRIQUE.—Adiós, Tarrasa, digo, Sabadell. ¿De dónde vienes?

SABADELL.—Del comedor. Mi arrebato son los «supers fruas». Me pongo «vis à vis» de una fuente de mediasnoches...

FADRIQUE.—¡Y te ríes de los noctámbulos!

SABADELL.—No hay noctámbulo que se me compare. ¡Me he comido tres dosenas!

FADRIQUE.—¡Pues para los fiambres eres un nocturno de Chopin!

SABADELL.—Y, además, vengo a darte una buena notisia, ¿eh?

FADRIQUE.—¡Caramba, pues no la retrases, no sea que te mueras de la indigestión y me quede yo en ayunas!

SABADELL.—Pues, chico, que eso de Paloma y Manolo, ¿sabes?, va al pelo, ¿eh?

FADRIQUE.—¿De veras?

SABADELL.—Como dirigido por mí. ¡Soy un psicólogo de primera! No hase ni medio año que se han separado y ya lo tienes hasiendo números por ella!

FADRIQUE.—Bueno; pero haciendo números de «variétés», porque creo que le han visto en varios «music-halls».

SABADELL.—Para disimular; pero cada día está más loco. Le lleva escritas diesiséis cartas a Paloma y no la he consentido que conteste a ninguna; suplica una entrevista con ella; se la he negado. Quiere ver a los niños; no se lo permito. Y así, con esta intransigensia, cuanto más le estrechemos, la capitulasión será más ventajosa para tu hija...

FADRIQUE.—Pero no le aprietes tanto a él, no sea que nos reviente a nosotros.

SABADELL.—¡Ojalá la de la otra pobresita Silvia pudiera arreglarse de la misma manera!

FADRIQUE.—Eso no está tan claro, ¿verdad?

SABADELL.—¡Oh! Eso no tiene arreglo.

FADRIQUE.—¿Crees tú?

SABADELL.—¡Cuando yo te lo digo...!

FADRIQUE.—Ya, ya... ¡Eres un pedazo de psicólogo!

ESCENA VI

DICHOS y PALOMA; luego, CONCHA

PALOMA.—*(Por la puerta del «hall», con inquietud y zozobra.)* ¡Papá!... ¡Papaíto!...

FADRIQUE.—¡Hola, Palomita!

SABADELL.—¡Vaya una noya!

FADRIQUE.—No las hago más feas.

PALOMA.—*(Impaciente.)* Bueno, papaíto, ¡por Dios!, perdonad. Os agradezco las galanterías; pero vengo a decirte una cosa tan grave, que...

FADRIQUE.—¿Una cosa grave a mí... a estas horas?

PALOMA.—¡Y que puede producirnos un trastorno gravísimo!

FADRIQUE.—¿Un trastorno?... ¿Y por qué no se lo has dicho a tu mamá, que era lo mismo?

PALOMA.—No, no, papá; es una cosa tan inmediata, tan urgente, tan íntima...

FADRIQUE.—Bueno; pero ¿de qué se trata?

PALOMA.—Pues que acaba de llegar tío Sancho.

FADRIQUE.—*(Aterrado.)* ¡Mi hermano aquí! ¡Otra vez!

PALOMA.—Y viene empeñado en hablarte.

FADRIQUE.—¡Ah, no, no! ¡A mí no me habla ése ni por señas!

SABADELL.—¡Hombre, resíbelo, a ver qué te quiere!

PALOMA.—Dice que viene a hacerte un favor.

FADRIQUE.—No, quia, le conozco. ¡Ese dice que viene a hacerme un favor y es que me ha encargado un funeral en las Calatravas! ¡Si le conoceré! Yo no le recino de ninguna manera.

PALOMA.—No podrás evitarlo, papaíto.

FADRIQUE.—Pero ¡a estas horas tu tío, y de la Peña!... ¿No comprendes que esto es algo trágico, algo espantoso?

PALOMA.—Como que mira el temblor que tengo.

SABADELL.—Pero no asustarse, ¡caramba!

FADRIQUE.—Sí, sí, que tú no le conoces.

PALOMA.—¡Míralo: ya es inevitable! Viene con mamá, que no puede contenerlo.

FADRIQUE.—Bueno; pues avisad a la Casa de Socorro; y tú prepara el botiquín. Y ya lo sabes, hija: en el segundo cajón de la derecha de mi mesa de despacho está mi testamento. Y ahora que pase. *(Se cruza de brazos.)*

CONCHA. *(Sale aterrada.)* ¡Tu hermano ha venido!

FADRIQUE.—Ya lo sé. Mira cómo le aguardo. Don Tancredo era un pusilánime comparado conmigo. Que pase.

CONCHA.—¡Es que a mí me ha dicho a lo que viene y me ha dejado muerta!

FADRIQUE.—¿Lo oyes?

SABADELL.—Tira a dejarte viudo.

FADRIQUE.—Y menos mal sí para ahí.

CONCHA.—Ahí está. ¡Virgen de la Paloma, una misa si es poca cosa!

ESCENA VII

DICHOS y SANCHO

SANCHO.—*(Entrando.)* ¡Hola, Enrique!

FADRIQUE.—¡Hola, Sanchito, hijo!

SANCHO.—¿Cómo estás?

FADRIQUE.—En el período preagónico; conque di lo que quieras.

SANCHO.—Ya comprenderás que cuando yo dejo la Peña a estas horas y vengo a veros, algo gravísimo...

FADRIQUE.—Sí, algo horrísono y catastrófico nos amenaza, no te esfuerces. Conque no divagues y tírate a matar. Las estocadas, en la cruz, o no darlas.

SANCHO.—¿Te has hecho amigo de Belmonte?

FADRIQUE.—No; pero le admiro mucho. ¿Conque qué catastrofita te trae por esta casa?

SANCHO.—¡Veréis qué espantoso!... Que estaba yo en la Peña, y de repente, como un escopetazo, me avisan que me quiere ver un señor.

FADRIQUE.—¿A ti? ¡Humor se necesita!

SANCHO.—Salgo, ¡y era Manolo, tu yerno!

PALOMA.—¿Manolo?

SANCHO.—Manolo, que me dice en pocas palabras: «Tío Sancho, en casa de mis suegros se está celebrando un baile que puede ser macabro.»

CONCHA.—¡Santo Dios!

SANCHO.—«Vete y diles que me reciban en seguida y que obliguen a Paloma a que celebre una entrevista conmigo, o les acabo el baile de un modo

trágico, porque voy y en el mismo jardín me pego un tiro.»

TODOS.—¡Jesús!

SANCHO.—Gracias a que yo soy muy sereno, y al verle la cara lívida y desencajada, le sonreí; pero me enseñó una pistola calibre siete, con cargador completo, y me convencí que eso de que se pega un tiro es el Evangelio... Con oría de luto, pero el Evangelio.

FADRIQUE.—Pero, hombre, ¿ese loco no podía esperar a mañana?

CONCHA.—No; quiere darnos el escándalo esta misma noche para reducirnos por el terror.

PALOMA.—Pero ¡eso es insoportable!

SANCHO.—Dice que ha escrito dieciséis cartas a Paloma y que no se le ha contestado; que ha pedido ver a sus hijos y que no se le deja; que quiere hablar con vosotros y que no le recibís, y que, ya desesperado, o resuelve su situación esta misma noche o se mata.

SABADELL.—¡Oh, ahí le tenéis desesperado por enamorado! ¡He aquí mi obra!

FADRIQUE.—Oye: pero estas obritas, otra vez hazlas en una Sacramental.

SABADELL.—Pero, hombre, ¡por los siete clavos de Cristo!, no le hagáis caso. ¿Matarse ése?... ¡Estáis en un error, hombre!

FADRIQUE.—No; el que está en dos errores eres tú: primero, que los clavos de Cristo no son siete, y segundo, en creer que no se mata, porque ése se mata.

PALOMA.—¡Tú no sabes lo exaltado y lo loco que es!

SANCHO.—Como que me obligó a tomar un «taxi», vino conmigo y ahí le tenéis esperando, y me ha dicho que si dentro de cinco minutos no bajo a decirle que suba, que oiríais la detonación.

FADRIQUE.—¡Caray!... Pues baja.

CONCHA.—¡Sí, sí...; baja y dile que suba!

PALOMA.—¡Por Dios, baja! *(Le empuja.)*

SANCHO.—*(Mirando el reloj.)* Todavía faltan dos minutos.

LOS TRES.—¡No, no, baja a escape!

SANCHO.—Yo he venido porque creo que vosotros no debéis aceptar ni la más leve posibilidad de una tragedia.

FADRIQUE.—*(Empujándolo.)* Pero ¡por Dios, baja a escape, no sea que ese bárbaro...!

CONCHA y PALOMA.—¡Por Dios, no te entretengas!

SANCHO.—*(Va y vuelve.)* Porque yo considero que es preciso evitar un nuevo escándalo que dé pábulo a la murmuraciones.

FADRIQUE.—Pero ¿quieres bajar?... *(Mira el reloj.)* Que faltan seis segundos.

CONCHA.—¡Anda, por Dios!

PALOMA.—¡No sea que no llegues!

SANCHO.—¡Allá voy! *(Lo echan a empujones.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos SANCHO

FADRIQUE.—Bueno; y yo creo que debías recibirle tú, Concha.

CONCHA.—Pero, hombre, ¿no has oído que viene furioso?

FADRIQUE.—Pues entonces podría recibirle Sabadell.

SABADELL.—Hombre, yo, con estos caracteres, por teléfono, todo lo que queráis; pero así, mano a mano...

FADRIQUE.—Bueno, ¡qué remedio!... Le recibiré yo. Si ois voces, mandad el automóvil a Valladolid, que allí estaré.

PALOMA.—Yo quedo cerca, papá.

FADRIQUE.—Gracias, hija.

CONCHA.—Ahí está.

FADRIQUE.—Pues fuera gente. Dejadme solo. Que pase. *(Vanse todos por la segunda izquierda.)*

ESCENA IX

DON FADRIQUE; luego, MANOLO

FADRIQUE.—No sé en qué tesitura vendrá éste; pero conmigo no regaña. Yo estoy dispuesto a darle la razón, haga lo que haga y diga lo que diga. Yo le doy la razón a las primeras de cambio. ¡El!...

MANOLO.—*(Apareciendo.)* ¡Papá!

FADRIQUE.—¡Hijo mío!

MANOLO.—Perdone usted si de una manera arbitraria y violenta...

FADRIQUE.—Tienes razón, hijo mío, tienes razón.

MANOLO.—Yo siento tener que recurrir a ciertos extremos; pero las circunstancias...

FADRIQUE.—Ni una palabra más, hijo mío. Te he dicho que tienes razón, y la tienes.

MANOLO.—Pero ¿de qué la tengo?

FADRIQUE.—De todo lo que digas y en todo lo que digas.

MANOLO.—Pero si aún no he dicho nada.

FADRIQUE.—¡Ah, no le hace, hijo mío! Tú siempre has sido una persona razonable y no vas a dejar de serlo ahora, y como persona razonable, no dices más que cosas razonables... Digas lo que digas, has de tener razón. He aquí por qué tengo razón en darte la razón.

MANOLO.—Sí, verdaderamente...

FADRIQUE.—Y después de esta explicación, siéntate, que es para sentarse, y habla.

MANOLO.—Gracias, papá. Yo quiero confesarle a usted que en la primera época de mi matrimonio he sido un loco.

FADRIQUE.—Puedes haber sido un loco; pero como ya te he dado la razón, no hay para qué volver sobre esto.

MANOLO.—Y yo tengo un deseo vivísimo, un deseo loco de hablar con Paloma.

FADRIQUE.—Muy justo.

MANOLO.—Por repetidas cartas he solicitado una entrevista con ella. No he podido lograrla. ¿Por qué?

FADRIQUE.—Sigue.

MANOLO.—Quise hablar a mamá para que intercediera; no se me ha concedido. ¿Por qué?

FADRIQUE.—Sigue.

MANOLO.—Pero ¡contésteme usted!

FADRIQUE.—Si no sé qué contestarte; por eso te digo que sigas, a ver si das con una cosa que me permita satisfacer tu curiosidad.

MANOLO.—¿Por qué se dilata esta situación equívoca?... Los celos me devoran, papá. ¡No sosiego, no vivo! ¿Recuerda usted la causa por la que nos separamos? Yo ya lo he olvidado todo.

FADRIQUE.—¡Sí, hombre!

MANOLO.—Pero sospecho que esta dilatación es obra de Sabadell, que es el que aconseja a Paloma, y como esto sea verdad, ese sabio lo va a saber todo, menos dónde le van a ir a parar los dientes de la bofetada que le doy.

FADRIQUE.—No te molestes, que no son suyos. Y confía en que todo se ha de resolver... ¿Y qué tal, hijo mío, qué tal encontraste Nueva York?

MANOLO.—Rascacielos aparte, la encontré vieja.

FADRIQUE.—¡Nueva York, vieja! ¡Qué contrasentido! No se puede uno fiar de los nombres.

MANOLO.—Además, es que hice un viaje desesperado, aburrido. ¡Si viera usted lo que he cambiado, papá!...

FADRIQUE.—Yo también he dado un cambiazo tremendo. Ya te contaré.

MANOLO.—He presentado la dimisión con carácter irrevocable de la presidencia de ex alumnos de Santa Rita, y mi vida ya no es aquel tumulto de antes... Es un lago tranquilo, que desea únicamente espejar en su tersa superficie dulces escenas familiares.

FADRIQUE.—¡Si fueras mallorquín, qué ocasión para entrar en la Academia!

MANOLO.—¿Y usted ya no padece de amnesia, papá?

FADRIQUE.—No; de cuando en cuando tengo un amaguillo, pero poco.

MANOLO.—Y la institutriz, ¿qué fué de ella?

FADRIQUE.—¿Mi Nelly..., digo, miss Nelly?... Pues nada, alquiló un hotelito en la Guindalera, para dar lecciones de inglés.

MANOLO.—¿En la Guindalera, inglés?

FADRIQUE.—Sí, como la gente allí tiene poco dinero, van bastantes ingleses, no creas. Yo también he sido alumno suyo.

MANOLO.—¿Y aprendió usted algo?

FADRIQUE.—Traducíamos del español al inglés y del inglés al español.

MANOLO.—¿Y comprendía usted?...

FADRIQUE.—Toda la parte española, al dedillo.

MANOLO.—¿Sigue usted yendo?

FADRIQUE.—No; hace quince días me pidió seis mil pesetas a cuenta de honorarios y se me ha olvidado dónde vive.

MANOLO.—¡La pícara amnesia!

FADRIQUE.—Los amaguillos de que te hablaba.

MANOLO.—Conque, papá, ¿quiere usted hacer el favor de llamar a Paloma?

FADRIQUE.—Sí, hijo mío. La encontrarás severa, quizá un poco adusta. Dale la razón. Si a las mujeres no les damos la razón de cuando en cuando, ¿qué les damos?... No olvides que son tiernas y agradecidas como barras de Viena, que las muerdes y encima te alimentan. ¡Calma y paciencia, hijo mío!

MANOLO.—Usted desarma, papá.

FADRIQUE.—Pues aún no soy de la Sociedad de las Naciones, ya ves. Aquí la tienes, ¡adiós! *(Vase. Aparece Paloma y se detiene en la puerta.)*

ESCENA X

MANOLO y PALOMA

MANOLO.—*(Al verla.)* ¡Paloma!

PALOMA.—He oído que...

MANOLO.—Sí, la verdad; que deseaba, que quería verte y hablarte. *(Aparte.)* Está más guapa, o me lo hacen ver mis ojos.

PALOMA.—*(Entrando.)* ¡Pero un deseo solicitado con tan arbitraria exigencia, no me parece ni correcto ni atendible.

MANOLO.—Correcto, puede que no sea, porque cuando uno quiere una cosa, no mira nada, y yo quería hablar contigo, fuese como fuese... ¡Eso es!

PALOMA.—¿Y te ha parecido mejor buscar este momento inoportuno con una ridícula amenaza de escándalo? ¡Dice tío Sancho que has ido a la Peña chillándole!

MANOLO.—Pero si es sordo, ¿cómo voy a ir...?

PALOMA.—Y que le has dicho que si pegarte un tiro, o qué sé yo cuántos...

MANOLO.—No, uno solo, sino que como se lo he tenido que repetir veinte veces, aquello parecía una batalla... Oye, perdona... ¿Estás más gruesa, o me lo hacen los ojos?

PALOMA.—No sé lo que te harán los ojos, pero a mí la tranquilidad me pone mejor. Conque a lo esencial. ¿Qué es lo que quieres de mí tan apremiantemente?

MANOLO.—Pues, nada... lo que quería, ¿sabes?... era preguntarte... decirte... Espérate que me acuerde, que traía un tumulto de cosas en la cabeza... Y todo ha sido verte y como si se me hubiera borrado...

PALOMA.—Pues a ver si te ha quedado alguna, porque el tiempo apremia, y...

MANOLO.—Una... ya tengo una. ¿Por qué te he

escrito dieciséis cartas solicitando, mejor dicho, implorando una entrevista, y no me has contestado?

PALOMA.—Nueve años he estado yo, solicitando, mejor dicho, implorando, peor, mendigando de ti una rectificación de tu conducta, de una conducta que nos ha tenido constantemente en una bochornosa evidencia y que en mi abandono pudo empujarme a una irreparable locura, y tampoco me has contestado nada. De modo que tú seis meses, y yo nueve años. Llevo una enorme ventaja. Otra cosa.

MANOLO.—Sí, señora, otra cosa... Pues otra cosa es que... ¿Por qué no se me ha permitido ver a mis hijos, que es una cosa tan sagrada?

PALOMA.—Miles de veces te los he mandado a suplicarte en mi nombre que nos acompañases en viajes familiares a pasar temporadas en la playa y en la sierra, y ni una sola, ¡ni una!, he tenido la alegría de que nos acompañaras, y verlos saltar de mis brazos a los tuyos, con un beso prendido en los labios. De modo que ahora me parecía ridículo.

MANOLO.—Pues otra cosa es que... es que... bueno, que no me acuerdo, por más que hago..., pero, vamos, lo principal, Paloma, es que desarrugues ese ceño... y que me digas que me perdonas todas las bestialidades de mi vida pasada.

PALOMA.—Están perdonadas. Otra cosa.

MANOLO.—Bueno, pero no quiero que me las perdones así, con esa benevolencia de una cosa que no importa, no; quiero que las perdones, si me las quieres perdonar, con toda el alma, porque después del perdón he de solicitar de ti otra cosa... y de ésta sí que me acuerdo.

PALOMA.—¿Y qué otra cosa es?

MANOLO.—Quedarme aquí.

PALOMA.—¿Eh?... ¡Eso no es posible, Manolo!

MANOLO.—¿Que no es posible?... Pues como no me echéis por una ventana, yo no me voy.

PALOMA.—Pero comprende que eso...

MANOLO.—Eso es porque te quiero una burrada, Paloma, que yo no me lo figuraba, ¡la verdad!... Que no te digo muchas cosas porque no tengo recursos oratorios, pero de aquí... *(Señalando el co-*

razón.) ¡una cafrada!... ¡Que he pasado lo mío en estos seis meses, no te figures!

PALOMA.—¡Qué vas a pasar tú, hombre de Dios!

MANOLO.—Mira, Paloma: el día que nos separamos, me dijo Sabadell que la culpa de todo la tenía nuestro matrimonio, que estaba mal hecho..., que había que deshacerlo y volverlo a hacer de nuevo. «Sepárate de tu mujer hoy mismo, pero mañana espérala, síguela, hazla el amor, declárate otra vez»... Y a mí todo aquello me pareció una cosa profunda; no lo era, porque todo aquello que me dijo Sabadell ¡lo he hecho yo!

PALOMA.—¿Que lo has hecho tú?...

MANOLO.—Sí, de un modo vergonzante, pero lo he hecho. Yo te he seguido... ocultándome por las esquinas. Yo te he esperado metido en un «taxi» para verte pasar, ¡yo te he acechado en los teatros tras las cortinas de los antepalcos!... Yo te he escrito la mar de cartas... ¡con la mar de tonterías!... y con la mar de haches, porque sé que te molesta cuando me las como, que, vamos, era para verlas...; ¡pero luego de escritas, me daba reparo mandártelas!...

PALOMA.—Sí, sí..., los hombres no tenéis vergüenza más que para lo bueno.

MANOLO.—Yo... el día de tu santo, Paloma, compré un ramo de flores, así de grande, rosas y claveles..., lo que a ti te gusta...; pero temiendo que me lo devolvieras, lo puse delante de tu retrato... ¡Ese que tienes de mantilla!

PALOMA.—¡El peor!

MANOLO.—No tenía otro. Y, además, te compré un regalo, que aquí está, no creas que miento. *(Saca un estuche y lo deja sobre una silla.)*

PALOMA.—No, hombre, si te creo.

MANOLO.—El día de tu cumpleaños, otro ramo y otro regalo. Aquí está también. *(Saca otro estuche.)* Y este otro lo compré el día del aniversario de nuestra boda. Y el día que nació el niño, una medalla, y el día que nació la niña, otra... *(Va sacando los estuches.)* Y el día que los vacunaron...

PALOMA.—¡También!

MANOLO.—¡También!

MANOLO.—*(Saca otro estuche.)* Una ternerita de oro, con la fecha. ¡Si no se me ha escapado una!...

PALOMA.—¡Pero, por Dios, Manolo, qué loco eres!...

MANOLO.—*(Conmovido.)* Y todo esto lo hacía porque tenía mucha tristeza de verme solo..., y con estas cosas pues me parecía que me acercaba un poco a vosotros... ¡En este tiempo le he tomado cariño hasta a tu madre! ¡No te digo más!

PALOMA.—¡Sí que es raro!

MANOLO.—¡Quizá que como no la veía!... Y aquí me tienes, Paloma, que no sé decírtelo de otra manera, pero te quiero de verdad. ¡Sí!... de verdad... y tienes que tomarme como Dios me ha hecho o echarme por una ventana, porque yo no me voy de aquí.

PALOMA.—*(Conmovida también.)* Manolo...

MANOLO.—Paloma...

PALOMA.—Eres un salvaje.

MANOLO.—¡Ah!

PALOMA.—Pero eres bueno. Y eso de los palcos y los «taxis»...

MANOLO.—¡Te juro que es verdad!

PALOMA.—¡Si te he visto, tonto!

MANOLO.—¿Tú?

PALOMA.—Y lo de los ramos lo sabía... Como que he pasado cada berrinche..., porque yo decía: ¿Por qué no los comprará en la tienda de flores de casa, que se los darían más baratos?...

MANOLO.—No estaba para regatear, Paloma, hazte cargo.

PALOMA.—Lo he sabido todo, y cuando estuviste malo, el específico que no encontrabais, te lo mandé yo y se lo di a Pepe, a tu criado.

MANOLO.—¿Y cómo no me lo ha dicho ese canalla?... ¡Le parto un riñón!... *(Con ternura.)* ¡Paloma!

ESCENA XI

DICHOS y DOCTOR SABADELL, que queda escuchando

PALOMA.—Sí, Manolo; advertí en seguida que mi ausencia te preocupaba y te entristecía..., y entonces tu vida también me interesó a mí.

MANOLO.—Mírame los ojos... Se me han humedecido. *(Al oído.)* ¿Digo que me traigan el equipaje?

PALOMA.—*(Sonriendo.)* ¡Aguarda, hombre!

MANOLO.—¡Dime que sí... o lloro!

PALOMA.—Pero...

MANOLO.—¡Que cojo una perra!

PALOMA.—¡Ay, Manolo, hemos tenido que separarnos para...!

MANOLO.—Para quererno con toda el alma, dilo a gritos.

SABADELL.—*(En voz queda.)* ¡Pues claro, hombre, ya os lo decía yo!

PALOMA.—¡Paco!

MANOLO.—¡Sabadell, tú!...

SABADELL.—¿Lo ves, tontorro?

MANOLO.—¡Ay, Sabadell de mi alma, que no sé si darte un puñetazo en las narices o darte un beso en cada carrillo!

SABADELL.—Pues, mira, si no es muy fuerte, tú dame el puñetazo y ésta el beso, todo lo fuerte que pueda, ¿eh?

PALOMA.—¡Y bien que te lo mereces!

SABADELL.—¿Veis lo que yo os desía?... La culpa de lo que os ha ocurrido no era vuestra..., era de las costumbres insensatas de ese mundo frívolo en que vivís... Porque no sirven romanses; el matrimonio no puede ser producto de una producsión aritmética, nueve y seis quinse..., y el amor, si acaso, pues como fracsión decimal, no. Eso no es posible. En cosas de aquí dentro... *(Señalando el corazón.)* Uno y una, uno..., que en el amor no hay otras matemáticas.

MANOLO.—Tienes razón, Sabadell; la mujer se la ha de buscar uno mismo.

SABADELL.—¡Qué haser, hombre! Si la mujer te la busca otro... es que a ti no te importa, y entonses uno te la busca... y otro se la lleva.

MANOLO.—¡Ay Paco, que nos has hecho felices!

PALOMA.—Y ahora, el último favor, Paco.

SABADELL.—Tú dirás.

PALOMA.—Oye...: éste..., éste no se quiere ir...

SABADELL.—¡Natural, hombre!... Ni tú quieres que se vaya...

MANOLO.—Natural.

PALOMA.—Bueno; pero yo os lo digo porque, ¿qué pretexto que no me dé a mí un poco de reparo pondríamos para que papá y mamá...?

SABADELL.—Muy sensillo, caramba. Tú dises que éste dise que quiere ver a los niños... ¡Cosa más natural!... Y tiráis para el cuarto de los niños... y éste les da un beso... y de camino os vais un poco más adentro... hasta que deis con otro cuarto... y... vaya, que no lo voy a desir yo todo, hombre.

MANOLO.—¡Eres un sabio, Sabadell!

PALOMA.—Es el único pretexto, Paco.

MANOLO.—Pues acompáñame al jardín... Cogeré del «taxis» el abrigo.

PALOMA.—Sí, y luego subiremos por la escalera interior para que no nos vean.

MANOLO.—¡Vamos!

PALOMA.—¡Y gracias por todo, Paco!

MANOLO.—¡Te debemos la felicidad, Sabadell! *(Vanse por el «hall».)*

ESCENA XII

DOCTOR SABADELL; luego, SANCHO

SABADELL.—¡Y el marido amará a la mujer y la mujer al marido, como Cristo amó a su Iglesia!... ¡Como Cristo!... ¡Y los que no se quieran así, ni Cristo lo arregla!

SANCHO. — ¡Amigo Sabadell! *(Entra descompuesto.)*

SABADELL.—¿Qué pasa?

SANCHO.—Una noticia espantosa... ¡Que Manolo, furioso y desesperado al no verse atendido, acaba de coger a Paloma por el cuello y...

SABADELL.—Silensio. Mire usted. *(Apaga las luces de la habitación, y en el jardín, a la luz de la luna, se ve por el ventanal a Paloma y Manolo darse un beso largo, largo... de esos de final de pelicula. El Doctor vuelve a encender en seguida.)*

SANCHO.—*(Decepcionado.)* ¡La primera vez que me ha fallado una mala noticia! *(Telón.)*

FIN DE
«¡MECACHIS, QUÉ GUAPO SOY!»